

teatro para jóvenes

. *hic et nunc*

. fogata y luna

Zangaro, Patricia

Fogata y luna Hic et nun : teatro para jóvenes /
Patricia Zangaro ; ilustrado por Oscar Ortíz - 1a ed. -
Buenos Aires : Instituto Nacional del Teatro, 2005.
60 p. ; 22x15 cm. (Autores Argentinos)

ISBN N° 987-9433-32-7

I. Teatro Juvenil Argentino I. Ortíz, Oscar, ilus.
II. Título
CDD A862.928 3

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta - Aprobada su publicación en Acta N° 107.

CONSEJO EDITORIAL

- > Graciela González de Díaz Araujo
- > Claudia Isabel Bonini
- > Francisco Jorge Arán
- > Mario Rolla
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Mariana Rovito (*Diseño interior y de tapa*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 987-9433-32-7

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Reservados todos los derechos

Impreso en Buenos Aires, junio de 2005.
Primera edición: 2.000 ejemplares

Hic et nunc y *Fogata y luna* surgieron de sendos trabajos de investigación de La Residencia –o tercer año– de la Escuela de Adolescentes que, con la conducción de Helena Nesis, funciona desde 1995 en la Escuela de Teatro de Buenos Aires de Raúl Serrano. La Residencia tiene como objetivo la exploración –para cada grupo– de un lenguaje escénico propio, y el montaje de un espectáculo al cabo de un año de trabajo. *Hic et nunc*, concebido para un grupo de siete chicas y un solo varón de alrededor de dieciocho años, se estrenó en 1996; y *Fogata y luna*, inspirado en catorce adolescentes de entre quince y diecisiete años, el año siguiente. Hemos elegido publicar los textos de estos dos espectáculos porque creemos que dan cuenta de la diversidad de la experiencia. Cada grupo propone un universo. Hemos intentado “escribir” esa singularidad.

PATRICIA ZANGARO

hic et nunc

PERSONAJES

EL JOVEN SOLDADO (y sus desdoblamientos)

LAS PROSTITUTAS: LA NOVIA

LA MUCHACHA VESTIDA DE SOLDADO

LA JOVEN STRIPPER

LA MUCHACHA DE CABELLOS LARGOS

LA NIÑA

AMAPOLA BAKER

LA BAILARINA HARAPIENTA

FICHA TÉCNICA

ACTORES: Nicolás Mateo
Silvina Ricci
Carolina Siri
Paula Guía
María Carranza
Marina Fondeville
Natalia Morel
Verónica Argenzio

MÚSICA ORIGINAL Y MUSICALIZACIÓN: Pablo Klappenbach

ASISTENTE DE DIRECCIÓN: Bruno Olub

VESTUARIO Y MAQUILLAJE: Marina Fondeville
Helena Nesis

COREOGRAFÍA: Paula Lon

ILUMINACIÓN: Martín Iriarte

DIRECCIÓN DE ACTORES: Helena Nesis

PUESTA EN ESCENA: Eduardo Meneghelli

Intenso bombardeo. Una tormenta de fognazos ilumina malamente un terreno de trincheras embarradas, que se recorta sobre un cielo de cartón gris. El bombardeo cesa repentinamente. Oscuridad. En un rincón, una silueta enciende un cigarrillo, y fuma. La luz mortecina permite intuir a un Joven Soldado.

EL JOVEN SOLDADO:

¿Ya pasó? Supongo que tanto fuego no será para festejar mi cumpleaños...

El Joven Soldado parece esperar una respuesta a su broma. Extenuado, se arrastra hacia público. Quizá esté borracho.

¡Eh! ¿Alguien vive? (*Mira al público.*) Soy Brian... y hoy cumpla dieciocho años... ¿Será hoy? Aquí en la trinchera los días son iguales... Pero es casi seguro que hoy es sábado... porque todos iremos al burdel...

Suena un estridente aire marcial.

Me gusta subirme al tanque, y devorar el camino hasta el burdel... Me siento un dios de hierro, implacable, y aplasto a todo el que se atreva a desafiarme... ¡Aquí llega la máquina asesina! ¡Fuera, fuera del camino, ese retoño de almendro, abajo esa perra y sus cachorros, a arrastrar la casa del granjero, bajo mis ruedas la cabeza de ese niño estúpido! Mis camaradas disfrutaban del paseo...

El Joven Soldado ilumina con un fósforo las trincheras vacías.

¡Brutus! ¡Hiparco! ¡Octavino! ¡Olaf!

Su voz suena como el eco. No hay respuesta.

¿Reventaron? (*Mira a su alrededor.*) Un montón de carne picada... ¿Es que tendré que ir solo al burdel?

Un fognazo. Bombardeo. El Joven Soldado se arroja a tierra. Silencio. Luego comienza a moverse en el suelo, sacudiéndose el barro.

¡Qué buena vida, eh! Tengo dieciocho años, no me destriparon, y me voy en mi tanque a joder al burdel...

Suena música de burdel. De las trincheras emergen, como ratas, las Prostitutas. Sucias de barro, están apenas cubiertas por harapos colorinches. Cada una de ellas acciona en su rincón, como si estuvieran solas en su cuartucho de prostíbulo. Una muchacha peina y trenza incansablemente su cabellera. Otra, vestida de novia, practica todo tipo de piruetas sexuales meneando su enorme culo. Una bailarina harapienta repite hasta la extenuación una rutina de barra de danza clásica. Recostada como una diva, fuma despaciosamente con boquilla Amapola Baker. Una muchacha, con uniforme de soldado, se pinta una y otra vez los labios frente a un espejo. Apenas cubierta con una mínima bombacha de lentejuelas, otra joven prostituta ensaya poses eróticas frente a un imaginario público de cabaret. Una muchachita, desnuda y con altos tacos

que arrastra con torpeza, se entretiene jugando con una muñeca de trapo. El Joven Soldado monta guardia marchando como un autómatas entre las Prostitutas. No las mira; sus ojos parecen vacíos. Suena intenso bombardeo. Ha cesado la música de burdel. Las Prostitutas y el Joven Soldado miran de pronto hacia público, como si hubiesen quedado petrificados por el bombardeo. Hay algo inquisitivo en esas miradas aterradas. Cesa el bombardeo. El Joven recupera su alegre aire de borracho.

(Al público.) Las chicas también tienen dieciocho años... Aunque las hay más pequeñas... (Con su fusil señala a la muchachita que juega con su muñeca, y le burga, pícaro, el sexo)... y otras que muy pronto... arrojaremos al basural... (Empuja con el fusil a la prostituta vestida de novia, que cae a un lado sin quejarse. El Soldado festeja la caída con una carcajada.) Los clientes son cada vez más viejos... e importantes... (Acariciando con su fusil el culo de la prostituta con bombacha de lentejuelas.) –¿te gustan los galones, eh, nena?– ... porque a los jóvenes nos matan más rápido... (Vuelve a llamar.) ¡Brutus! ¡Hiparco! ¡Octavino! ¡Olaf! ¿Reventaron?... Nos gusta el peligro... por eso nos mandan al frente... Estamos contentos, ¿no, compañeros?... (Como no hay respuesta.) Un montón de carne picada... ¿Es que tendré que ir solo al burdel?

Suena música de guerra. Las Prostitutas comienzan a armar un cuarto de prostíbulo. La Novia se separa de ellas y se prepara para su escena.

Tendría catorce o quince años cuando vine por primera vez... lo que más recuerdo es la paliza de mi hermano...

El Joven Soldado se transforma en un Niño asustado y se prepara para la escena con La Novia, quien lleva tocado y un vestido mustio. Todo su cuerpo está cubierto de blanco: el cuello muy alto, guantes y velo. Sólo su trasero, monumental y desvergonzado, asoma a través de un agujero con forma de corazón. La Novia asea su trasero con la ayuda de un espejo: lo lava, lo seca, lo masajea con cremas, lo perfuma, lo maquilla.

El Niño asoma en la puerta, la gorra de soldado entre las manos. Al descubrir el ritual de La Novia alrededor de su trasero, se escurre hacia afuera, temeroso. Pero es empujado hacia La Novia por las demás Prostitutas, que observarán la escena desde un rincón. Ante la mirada de La Novia, el Niño se cubre el rostro con la gorra.

LA NOVIA: No me muestres la cara si te da vergüenza... Con el culo alcanza...

El Niño permanece inmóvil en la puerta.

La paga.

El Niño ha enmudecido.

¡La paga, te dije!

El Niño se acerca, tembloroso .

¡No se te ocurra tocarme! (*Le indica su trasero.*) Depositálo ahí.

El Niño, confundido, le introduce el billete en el trasero.

Bajate los pantalones.

Ella se coloca en cuatro patas. El Niño permanece cabizbajo.

¿Vas a bajarte los pantalones? ¡Qué pasa!... ¿Es tu primera vez?

El Niño no se atreve a responder.

No soy la más apropiada para una primera vez... ¡En fin! Vamos a intentarlo...

Una de las prostitutas se acerca a un precario aparato de radio, y lo enciende. Suena un viejo blues.

La Novia comienza a bailar provocativamente alrededor del Niño, moviendo sólo, pero alocadamente, su gran trasero. El resto de su cuerpo permanece ausente y casto.

(*Mientras baila.*) No tengo rostro... ni manos... ni sexo... (*Por su trasero.*) Esto es lo único que podés tocarme... Bajate los pantalones ahora, y hazlo...

El Niño tiembla, inmóvil.

Te habrán explicado cómo se hace, ¿no?

EL NIÑO: No.

La Novia se vuelve, sorprendida.

No... que no... que no quiero hacerlo... (*El Niño sofoca un llanto*) así.

LA NOVIA: ¿Por qué? (*Moviendo el trasero.*) ¡Míralo! ¿No te gusta?

EL NIÑO: (*Firme.*) No.

La Novia lo mira con indignación. Se envuelve furiosa en una bata.

LA NOVIA: Andate.

El Niño tiembla aún, lloroso.

¡Fuera!

LA NIÑO: Mi... dinero.

LA NOVIA: ¡Bien gastado está tu cochino dinero! ¡Fuera de aquí!

EL NIÑO: Mi dinero, señora... Mi hermano me va a matar... Me lo dio para que me acostara con una mujer... (*Estallando.*) ¡No para que lo metiera en su culo roñoso!

La Novia lo mira a los ojos, con dignidad.

LA NOVIA: Limpio... blanco... inmaculado... ¡Ese es mi culo! Honesto... abnegado... ¡El más puro de los culos! Gracias a él sobrevivo al hambre de esta

guerra. Gracias a él hay una hogaza caliente en la mesa de mis padres. Gracias a él seguiré siendo virgen para mi amado en el frente... Nunca... nunca profanes el nombre de mi culo...

EL NIÑO: Deme el dinero, señora... ¡Se lo ruego!... No puedo perderlo así... Mi hermano va a destrozarme... El dinero...

El Niño avanza hacia público con la mano extendida. Vuelve a comportarse como el Joven Soldado.

EL JOVEN SOLDADO:

Mi hermano me esperaba a la salida... aquella noche, ahora no... Me molió a golpes... aquella noche... ya no me espera... Una granada, dijeron... (*Se ríe, lunático.*) Cuando éramos chicos reventábamos gatos... así explotó... una granada... Me pegaba... yo lo extraño... mucho...

Suena música de guerra. Las Prostitutas desarman el espacio. El Joven Soldado se pasea entre ellas, marchando mecánicamente. Ellas vuelven a sus acciones originales, lentas y rutinarias.

Suena bombardeo. Cesa la música. Todos se vuelven nuevamente hacia público, y miran, inquisitivos y aterrados.

El bombardeo se interrumpe abruptamente. El Joven Soldado recupera su maníaca jovialidad.

¡Las mujeres! Entre sus piernas está toda su razón de ser... Claro que cuando esas piernas empiezan a llenarse de várices y colgaduras la razón nos dice que ha llegado el momento de cavarles la fosa... Sin embargo, algunas mujeres... unas pocas... tienen alguna utilidad más allá de su vulva... Las musculosas se defienden en trabajos de carga... e incluso en la delantera del batallón...

Suena música de guerra. Las Prostitutas empiezan a armar el cuarto de prostíbulo. La Muchacha Vestida de Soldado se separa de ellas, y se sienta lentamente frente al espejo. Comienza a pintarrajearse los labios de rojo.

Las mandan adelante porque se mueren casi todas... y no se pierde demasiado... Recuerdo a una que logró sobrevivir... la muy perra... La vida en el frente las vuelve ariscas al trabajo en el burdel... peligrosas... Un soldado inexperto puede caer en sus trampas... Pero a esos el ejército se encarga de rematarlos... por maricones...

El Joven Soldado se transforma en un Soldadito Rotoso y vencido, que arrastra su humanidad hasta el cuarto del prostíbulo, donde espera la Muchacha Vestida de Soldado.

Cesa la música de guerra. Las Prostitutas espían la escena desde sus rincones.

La Muchacha termina de maquillarse los labios.

SOLDADO ROTOSO:

(*Desde la puerta.*) Permiso...

LA MUCHACHA: *(Sin volverse.)* Pasá... y sentate... enseguida estoy...

El Soldado se acerca tímidamente hasta la cama, y se sienta. Deposita a un costado el fusil, y espía a la Muchacha en la luna del espejo. Ella comienza a desabrocharse la camisa de soldado. Asoma debajo un escotado corset.

(Mientras se desviste.) Un obús mató a mi hermano... una tarde... muy gris... Yo tenía trece años, y los pechos querían reventar, como pimpollos... Mi madre me los fajó, me puso el uniforme de mi hermano, y me dijo: "Ahora sos el hombre de la casa...". Desde entonces... nunca había usado ropa de mujer...

La Muchacha se vuelve hacia el Soldado.

Él la observa, complacido.

SOLDADO: Te queda bien...

LA MUCHACHA: Me acostumbré a cargar el fusil... Y ahora dicen que ya no sirvo para el frente... Quizá mis caderas... de pronto... se pusieron redondas...

SOLDADO: Vení, acostate aquí... conmigo...

LA MUCHACHA: *(Sin moverse.)* La primera noche fue un cabo... apestaba a ginebra... y estiércol... yo no quería... entonces abrió la boca... y me mordió...

Él intenta acariciarla.

(Apartando el brazo.) No me toques aquí... todavía duele...

SOLDADO: Yo no voy a hacerte daño...

LA MUCHACHA: ¿Por qué?

Él la mira desorientado.

SOLDADO: ¿Por... qué?

LA MUCHACHA: Una lata de cerveza... se compra, se usa, y cuando está vacía, se tira a la basura... ¿Por qué no me tirarías vos a la basura?

Él la mira atentamente.

SOLDADO: No me gustaste...

Ella lo observa sorprendida.

De todas las chicas, la que menos me gustó...

Ella trata de soportar la ofensa, con dignidad.

Estabas como... fuera de lugar... ¿Qué estará haciendo aquí?, me pregunté... y te elegí...

LA MUCHACHA: Un objeto curioso...

SOLDADO: *(Serio.)* No... alguien a quien preguntar... porque yo tampoco sé qué estoy haciendo acá...

Ella lo mira ahora con curiosidad. Él calla, oscuro.

LA MUCHACHA: **¿Querés... un cigarrillo?**

Él está cabizbajo. Ella enciende un cigarrillo, aspira una bocanada, y se lo pasa. Fuman juntos, en silencio. Él, de pronto, la besa en la boca. Suena intensísimo bombardeo. Todos se vuelven hacia público, aterrados. El Soldado Rotoso, aún abrazado a la muchacha, vuelve a transformarse en El Joven Soldado, con una ruidosa carcajada. Las Prostitutas permanecen quietas, la mirada fija hacia adelante.

EL JOVEN SOLDADO:

(A público.) Así los encontraron... como dos tórtolos... y así pasaron a degüello... Idiotas... la guerra no es un novelón para mujercitas flojas... *(Grita, repentinamente autoritario.)* ¡Firme! *(El Joven Soldado, de pronto sumiso y asustado, se levanta de la cama, y se cuadra, temblando.)* Sí, mi general... ¿Esta noche va al burdel?... Yo preparo todo, general... Entendido... Con su permiso, general...

El Joven Soldado espía la retirada del imaginario general. Y luego se echa a reír acercándose a público.

¡Qué hijo de puta el general! Me hace temblar hasta el rabo... Cómo me gustaría tener ese porte, esa mirada de hielo, y andar metiendo miedo a todo el mundo con el solo taconeo de mis botas...

Suena música de guerra. Las Prostitutas arman un tabladito de cabaret, donde la Joven Stripper, cubierta apenas con una bombacha de lentejuelas, se prepara para su escena. El Joven Soldado se transforma en el General, y comienza a andar entre ellas con taconeo amenazante. A su paso, tiemblan las Prostitutas.

El General se sienta en la platea del cabaret, y extiende las piernas sobre la mesa.

Cesa la música de guerra.

Silencio.

El General enciende un cigarrillo, aspira una honda bocanada, y comienza la música de cabaret. Las Prostitutas toman sus lugares en distintos rincones, como si estuvieran acompañando a imaginarios oficiales. La Niña que jugaba con su muñeca, convertida en cigarrera, va y viene de la barra atendiendo con esmero al General, quien apenas chasquea los dedos para indicarle lo que quiere. Ella obedece, entre desvergonzada e infantil. Ya le acerca fuego para encender el cigarro, ya le trae una copa, ya le lustra los zapatos, ya se sienta sobre sus rodillas y le mordisquea el cuello.

La Muchacha de Cabellos Largos y la Bailarina Harapienta están sentadas a la barra e invitan a beber a sus clientes, con los cuales ríen y brindan. Amapola está sentada a una mesa, fuma con boquilla, y le echa provocativamente el humo en la cara a su cliente. La Muchacha Vestida de Soldado está en una mesa arrinconada; asqueada, se deja tocar aquí y allá por su acompañante. La Novia está detrás del tabladito ayudando a la Joven Stripper a prepararse para su número.

Suena un redoble. La Joven Stripper salta al tablado, y el público estalla en aplausos y chiflidos entusiastas.

Al ver a la Stripper, El General arroja a la Niña cigarrera a un lado, como si fuera un bulto inservible, y aplaude, burlón. La Niña se aparta, sumisa. La Joven Stripper lleva ropa de soldado. Al ritmo del saxo, comienza a desvestirse, ante la carcajada grosera del General. Primero el cinturón, luego las botas, más tarde el pantalón, después la chaqueta, luego la enagua, por fin la gorra, y más tarde, de espaldas, el corpiño, que arroja al General. Se vuelve, cubriéndose los senos con las manos, y recibe sonriente los aplausos del público. La Novia se acerca a la Joven Stripper y, cubriéndola con una bata, la saca del escenario.

El General chasquea los dedos con urgencia. La Niña cigarrera se acerca obediente, y El General le indica con un gesto que le traiga a la Joven Stripper. La Niña corre hacia la Stripper, quien detrás del tablado está tomando algo fuerte que le alcanza La Novia. Apenas la Niña le habla al oído, la Joven Stripper mira hacia donde está el General, y se dirige hacia él.

LA STRIPPER: Buenas noches, general...

El General la mira, lascivo, sin hacerla sentar.

EL GENERAL: (*Mostrándole el corpiño.*) ¿No se olvidó algo... señorita?

LA STRIPPER: (*Intentando asir el corpiño que él le tiende.*) Ah... disculpe, general...

EL GENERAL: (*Alejando el corpiño.*) No, no... Póngaselo.

Ella lo mira confundida.

Quítese la bata... y póngaselo...

LA STRIPPER: ¿Quiere... pasar a mi cuarto, general?

EL GENERAL: (*Feroz.*) Póngaselo... aquí.

LA STRIPPER: (*Temerosa.*) Mi... número ya terminó, general...

EL GENERAL: (*Risilla.*) ¿De veras?

El General chasquea los dedos. La Niña obedece con rapidez, se acerca a la Joven Stripper y le quita de un tirón la bata. La Stripper se lleva las manos a los senos, ante la mirada asustada de las Prostitutas, y las risas de los oficiales.

¿Quiere sentarse a mi mesa, señorita?

La Joven Stripper vacila, cabizbaja.

El General chasquea los dedos y la Niña, con su infantil obsecuencia, empuja a la Joven Stripper hasta hacerla sentar junto al General.

La invito con una copa, señorita.

El General señala su copa. La Joven Stripper no quiere tomar la copa, para no descubrir sus senos.

(*Temible.*) ¿Va a rechazar mi invitación, señorita?

Ella niega rápidamente, y se las ingenia para extender un brazo mientras el otro sigue cubriendo, obstinadamente, sus senos. El General se ríe de buena gana mientras la joven realiza esta patética piroeta para complacerlo.

Beba, querida, beba con tranquilidad...

La joven bebe atropelladamente, y en su mano tiembla la copa. El General se vuelve hacia sus oficiales.

(Ruidoso.) Señores oficiales... supongo que interpreto sus deseos cuando imagino que todos quieren ver cómo nuestra señorita bebe de mi copa con una mano mientras con la otra fuma mi cigarrillo... ¿Verdad que sí, señores? *(Se ríe de la respuesta afirmativa de los oficiales. Luego, repentinamente glacial.)* “Sí, mi general” ... “Sí, mi general”. No saben decir otra cosa... ¿Es que nadie piensa aquí? La señorita está esperando alguna propuesta ocurrente... y lo único que tienen para decir es “sí, mi general” ...

El General carraspea. Silencio aterrado.

Estoy harto de hacer el ingenioso... *(Volviéndose hastiado a la joven.)* Puede desnudarse, o volverse a vestir... Sus senos me importan tanto como la carroña después de la batalla... *(Chasquea los dedos.)* Otra copa...

LA NIÑA: *(Corriendo presurosa.)* Sí, mi general....

La Joven Stripper se mira los senos, desolada. A su lado, El General bebe, ausente.

Suena bombardeo. Las Prostitutas se vuelven aterradas hacia público.

EL GENERAL: ¡Firme!

Se quita la gorra y, poniéndose de pie sumisamente, el General se transforma nuevamente en El Joven Soldado.

El Joven Soldado, en posición firme, espía la salida del General, y luego se vuelve hacia público, cómplice.

EL JOVEN SOLDADO:

¡Grande el general!... Yo... se lo debo todo... Aquella mañana mis padres salieron al campo, como todos los días... mi hermano y yo limpiamos el establo... mis hermanitas juntaron leña, y prepararon la comida... Escuchamos los aviones, y una lluvia de fuego cayó sobre los sembrados... Buscamos a mis padres, pero no pudimos juntar los pedacitos... Nos habríamos muerto de hambre si no fuera por él... Los varones al frente... Y mis hermanitas al burdel... El general es como un padre para mí...

Suena música de guerra. Las Prostitutas arman el cuartucho del burdel.

La Muchacha de Cabellos Largos se separa de ellas, y se sienta en medio del cuarto para peinarse, obsesivamente.

La Niña, cubierta ahora por un roto tapadito, y abrazada a una muñeca

*de trapo, se acerca tímidamente al Joven Soldado. Al llegar junto a él, lo besa en la mejilla. El Joven Soldado, cabizbajo y mudo, le da la espalda y se aleja, hasta cuadrarse, quieto, frente a público. Detrás ha quedado, desolada, la Niña. La Joven Stripper y la Muchacha Vestida de Soldado llegan con paso firme hasta ella. La primera le arranca de los brazos la muñeca de trapo. La segunda le quita con rapidez el tapado, y la Niña vuelve a mostrarse en su ropaje de prostituta. Luego, las dos muchachas la llevan hasta la cama del burdel, y allí la abandonan.
Cesa la música de guerra.*

Pausa.

Sorpresivamente, La Niña recupera su juguetero desparpajo, y comienza a practicar en la cama diferentes piruetas sexuales.

La Muchacha de Cabellos Largos se peina incansablemente.

LA MUCHACHA: *(Después de un largo gemidito de La Niña)* María, no juegues con eso...

LA NIÑA: *(Volviéndose hacia la Muchacha.)* Me aburro...

LA MUCHACHA: Vení... peiname...

La Niña se entusiasma y corre hacia la Muchacha.

Con suavidad...

LA NIÑA: *(Mientras peina a la Muchacha.)* Yo tuve una muñeca así... con estos cabellos... La peinaba todo el día... y ella, pobrecita, no se quejaba... ¿Te estoy haciendo doler?

LA MUCHACHA: *(Con dulzura.)* Sí... un poco...

La Niña deja de peinarla y observa fascinada los cabellos de la Muchacha.

LA NIÑA: Nunca volví a tocar unos cabellos tan hermosos... ¿Puedo cortártelos?

La Muchacha la mira, sorprendida.

La Niña se arrodilla ante la Muchacha.

Cortártelos... y armar una larga trenza con un moño... y abrazarla cuando tenga miedo...

LA MUCHACHA: No soy tu muñeca, María...

La Niña se aferra a la Muchacha con desesperación.

LA NIÑA: Cuando ellos vienen siento que mi corazón se hiela... y no vuelve a palpar hasta que se van...

LA MUCHACHA: Cada vez que se van... yo cepillo con fuerza mis cabellos... hasta que no quede rastro de sus manos sucias, de sus olores fétidos... Tienen que estar limpios, relucientes... Es lo único que me queda... Todo lo demás me lo quitaron...

La Niña se abraza a la Muchacha.

LA NIÑA: No quiero jugar más aquí...

LA MUCHACHA: Quiero ir a mi casa... No me gusta este lugar...

*La Niña y la Muchacha de Cabellos Largos permanecen abrazadas, como si se acunaran la una a la otra.
Suena intenso bombardeo. Todos se vuelven, aterrados, hacia público.
Pausa.
El Joven Soldado se dirige al público.*

EL JOVEN SOLDADO:

(Con enojoso tono de burla.) No me gusta este lugar... No me gusta este lugar... ¡Brutus, Hiparco, Octavino, Olaf! ¿Nos gusta acaso a nosotros este lugar? ¿Es que conocemos otro mejor?... Mujercitas caprichosas... Demasiadas preguntas... Y sueños estúpidos en las horas de ocio... Antes de entrar al campo de batalla, hay que arrancar los sueños de la cabeza... Son un enemigo feroz... Quien es presa de sus sueños suelta el pellejo al primer disparo... El frente nos quiere alertas, en el aquí y ahora... *(Se ríe de su latinismo.)* *Hic et nunc...* como dice el general... Aunque en ciertos casos... algunas que viven aferradas a sus fantasías... pueden servir para diversión de la tropa...

Suena música de guerra. Las Prostitutas comienzan a armar el cuarto de Amapola Baker, quien, empinada sobre sus altos tacos, y envuelta en su boa de plumas, se recuesta sobre una otomana. El Joven Soldado se quita el fusil, se ciñe un estrecho saquito, y se coloca gruesos lentes. Corre a los pies de Amapola.

Cesa música de guerra. El Joven Soldado, transformado en el Reporter, masajea sin convicción los pies de Amapola.

AMAPOLA: *(Gozosa.)* ¡Eso, con vigor, así me gusta!

REPORTER: ¿Ya se relajó... señora?

AMAPOLA: ¡Qué es eso de señora!

REPORTER: Señorita...

AMAPOLA: ¡Amapola! ¡La única, la incomparable Amapola Baker!... Masajéme las pantorrillas ahora: es mi zona erógena...

REPORTER: Señora... digo, Amapola... disculpe... pero tanto masaje... en realidad pagué yo...

AMAPOLA: ¿Y no se está cobrando, pichón? ¿Sabe lo que significa estar tocándome...? Claro, es muy tiernito... Va a poder contárselo a sus superiores... *(Al oído, como si le contara un chiste pícaro.)* Le toqué las pantorrillas a Amapola... *(Se ríe.)*

El Reporter la observa, nervioso y desorientado.

¿Para qué diario me dijo que escribía?

REPORTER: No es un diario, *madame*...

AMAPOLA: ¡Pero es periodista!

REPORTER: Cronista de guerra... Bajos, prisioneros, mutilados...

AMAPOLA: ¡No importa! En todo diario hay una sección de espectáculos... La tropa querrá saber sobre mi vida... ¿Trajo lápiz y papel?

REPORTER: (*Ahora fastidiado.*) Estoy de franco, *madame*... Y vine al burdel para...

AMAPOLA: ¡Después! Después del reportaje...

REPORTER: ¡Reportaje!

AMAPOLA: Puede empezar contando el origen de mi nombre... Cuando tenía tres años mi padre encontró a mi madre revolcándose con un oficial en un campo de amapolas... Allí mismo le molió los huesos, y la echó... La vi hundirse entre las amapolas, hasta desaparecer... Desde entonces mi padre me cantaba: “Amapola, lindísima Amapola, no seas tan ingrata, y ámame...” ¿Está anotando, no?

REPORTER: (*Aún incrédulo frente al personaje que tiene delante.*) ¡Anotando! (*Poco a poco irá transformando su asombro en burlón interés hacia la mujer.*) No, no hace falta, tengo buena memoria...

AMAPOLA: Un carajo. Después publican lo que se les da la gana. Aprenda a tomar nota si quiere ser un buen periodista...

El Reporter, siguiéndole el juego, saca una libreta de su bolsillo.

¿Fotos? ¿Vino el fotógrafo?

REPORTER: (*Idem.*) No, va sin fotos...

AMAPOLA: ¡Jamás! Ahí, sobre la mesa, al lado de la palangana... ¡Muévase!

El Reporter se acerca con curiosidad a la mesa.

¿Le gustan? Me las sacó papá... “A mi Amapola, con amor... papi” ... Él quería que yo fuera una gran estrella...

El Reporter mira las fotos, intrigado.

REPORTER: ¿Qué hace usted... acá?

Suena la popular canción “Amapola”. Como si estuviera en un escenario, Amapola comienza a cantar para “su” público. El Reporter la mira, divertido. Al terminar, Amapola saluda con los brazos abiertos, como una gran diva, y se inclina a recoger las flores que le arrojan. El Reporter la aplaude, burlón.

AMAPOLA: ¿Verdad que soy una artista maravillosa? Antes de marcharse al frente, mi padre me dijo: “Brillarás en el burdel como en el gran teatro que mereces, y tu padre no puede darte” ... Le he escrito muchas cartas... nunca contestó...

REPORTER: (*Con crueldad.*) ¿Qué hace una estrella como usted... acá?

AMAPOLA: Ya me preguntó eso... Y yo le mostré... Soy una artista, canto... para eso me pagan...

REPORTER: Yo no pagué para que usted cantara, *madame*...

AMAPOLA: A veces también bailo...

REPORTER: Tampoco pagué para verla bailar...

AMAPOLA: ¡Qué quiere que le diga!

REPORTER: La verdad...

AMAPOLA: No me gustan sus preguntas...

REPORTER: Soy periodista, *madame*... ¿No pidió usted acaso el reportaje?

AMAPOLA: Puede preguntarme sobre mis gustos musicales, mis secretos de belleza, mi altura, mi peso, mis fantasías...

REPORTER: (*Implacable.*) ¡Qué hace en el burdel!

AMAPOLA: Canto, bailo, y me pagan...

REPORTER: (*Apurándola.*) ¡Qué más!

AMAPOLA: A veces canto, bailo... me tocan , y me pagan...

REPORTER: (*Sin darle tregua.*) Siga...

AMAPOLA: Y muchas otras canto, bailo, me tocan, me soban, me perforan, me muerden, me aprietan, me sofocan, me lastiman... ¡Y me pagan!
¡Siempre me pagan!

El Reporter se ríe ahora, divertido con la confesión de Amapola, mientras termina de anotar en su libretita.

REPORTER: Me soban... me perforan... ¡Muy bien! Es usted un personaje realmente pintoresco... Tenía razón, *madame* Baker: vendrá bien una nota de color en el boletín de guerra... La tropa tiene derecho a reírse un poco...

El Reporter se está yendo.

¡Ah! puede quedarse con mi dinero... Haga de cuenta que le pagué el reportaje...

El Reporter se va.

Amapola, desolada, se encoge dentro de su ropaje de diva.

Suena intenso bombardeo. Todos se vuelven, aterrados, hacia público.
Pausa.

Nuevamente en su ropaje de guerra, El Joven Soldado se arrastra entre las trincheras con algunos papeles roñosos en la mano.

EL JOVEN SOLDADO:

¡Brutus! ¡Hiparco! ¡Octavino! ¡Olaf! ¡Correspondencia! (*Se acurruca en la trinchera y hurga los papeles con avidez.*) Carta para Octavino... la abuela... Carta para Hiparco... la madrina... Carta para Olaf... ¡hijo de...! La novia... ¡Brutus! ¡Tu mamá!... ¿No hay carta para mí? (*Busca inútilmente entre la correspondencia.*) ¿Nadie me escribió?... ¡Brutus! ¡Tu mamá! (*Rasga, impaciente, la carta del amigo.*) “Hijo, mamá quisiera ir a buscarte...” (*Con intensa agitación.*) ¡Brutus! ¡Vienen a buscarte! ¿Me llevás con vos? Tomamos la leche en tu casa...

jugamos a los soldados... (*Llama, y busca, con desesperación, en las trincheras vacías.*) ¡Brutus! ¿Me llevás con vos? ¡Brutus! ¡Hiparco, Octavino, Olaf!... ¿Reventaron?... (*Desolado, El Joven Soldado aprieta entre sus dedos las cartas.*)

Suena música de guerra. Algunas Prostitutas preparan la barra donde la Bailarina Harapienta comienza a afanarse en penosos ejercicios. Otras, rodean a la Joven Stripper y, cubriéndola con un guardapolvo oscuro y entregándole un bastón, la transforman en la Maestra. Cesa música de guerra. La Maestra golpea el suelo con el bastón. La Bailarina obedece, como su alumna.

LA MAESTRA: (*Severa.*) Primera. *Plié... uno... dos... Souplesse adelante... (Azuzando a La Bailarina con el bastón.)* ¡Más energía!

La Bailarina, exhausta, obedece con dificultad.

Pierna a la barra... *Plié... Más abajo... ¿Qué pasa!*

LA BAILARINA: No puedo, *madame.*

LA MAESTRA: (*Con el bastón.*) ¡Alta esa posición, vamos!

La Bailarina intenta levantar más la pierna, pero la debilidad la traiciona.

¡Fuera de la barra! ¡Al piso! ¡Vamos a ver si nos entendemos! ¡*Grand écart!*

La Maestra obliga a La Bailarina a sentarse con las piernas abiertas y con el bastón le empuja una y otra pierna hacia atrás, hasta forzar una abertura completa. La Bailarina gime de dolor.

¡No puedo, *madame!* Vagancia, eso es todo... ¡Al centro ahora!

La Bailarina intenta pararse, pero sus piernas acalambradas apenas le responden. El bastón de La Maestra la obliga a ponerse de pie.

¡Vamos! ¡A bailar! ¿Qué pensás mostrarle al general esta noche?

LA BAILARINA: Estoy rendida, *madame...*

LA MAESTRA: ¡Una manguera de agua helada, y estás hecha una rosa!

LA BAILARINA: No voy a poder, *madame...*

La Bailarina está desfalleciente. La Maestra saca un pan del bolsillo y se lo mete a La Bailarina en la boca con brusquedad.

LA MAESTRA: ¡Comé, y no te quejes más! ¡Muchas rabiarian por estar en tu lugar!

La Bailarina come con desesperación. La Maestra golpea el piso con el bastón y comienza a sonar música de cabaret.

¿Ya está? ¿Puede bailar ahora la *grande étoile*?

La Bailarina la mira con ojos implorantes. La Maestra vuelve a golpear el piso, esta vez con violencia.

¡Posición!

La Bailarina se arrastra hasta el centro y toma posición. Su cuerpo exiguo comienza a contonearse al compás de la música. De tanto en tanto decae, mareada y débil.

¡Más pasión, querida! ¡No todos los días nos visita el general! Hay que saber homenajearlo...

La Maestra golpea las nalgas de su alumna.

¡Mové el culo! ¿O estás en un convento?

La Bailarina se esfuerza por complacer a La Maestra, pero cae, extenuada. La Maestra se acerca con el bastón.

¡Arriba! ¡No hay más comida! ¡A trabajar!

La Bailarina ruega desde el suelo.

LA BAILARINA: No puedo más, *madame*... no puedo bailar...

La Maestra toma a su alumna de los cabellos y la obliga a bailar como una autómatas.

LA MAESTRA: ¡La señorita no puede bailar! ¿Y qué prefiere hacer la señorita? ¿Acostarse con el general? ¿Con qué? ¿Con estos huesos y esa cara de rata? ¿Por qué no hace lo único que sabe hacer la señorita? ¿Es caprichosa? ¿Está empacada? ¿Quiere la señorita que se lo cuente al general? ¿Sabe qué les pasa a las rebeldes y a las inútiles como usted?

La Bailarina se suelta con repentino vigor, y comienza a aullar, lunática.

¡No grites! ¡Van a escucharte!

La Bailarina desahoga su grito, y luego mira a La Maestra con ojos extraviados.

Estás perdida... Van a venir a buscarte...

Suena un redoble marcial. Como obedeciendo a una orden, Las Prostitutas salen de los rincones desde los cuales observaban la escena, y se colocan en las posiciones originales del burdel: La Novia moviendo su trasero, Amapola Baker fumando largamente, La Muchacha de Cabellos Largos peinándose, La Niña caminando con torpeza sobre sus tacos, La Muchacha Vestida De Soldado pintándose los labios. El Joven Soldado, con amenazante taconeo, se coloca frente a ellas, de espaldas a público, y se cuadra. Cesa el redoble.

LA BAILARINA: (*Afiebrada.*) Sí... mi mamá... mi mamá va a venir a buscarme...

LA MAESTRA: Estás perdida...

EL JOVEN SOLDADO:

(*Con la voz feroz del General.*) ¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

Suena una descarga de metralla. La Bailarina Harapienta acusa recibo en el cuerpo, y luego mira, aterrada, al público. Así, como petrificada, permanecerá hasta el final. La Novia comienza a mover obsesivamente el trasero.

(Idem.) ¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

Suena descarga de metralla. La Novia acusa recibo, y luego mira, aterrada, al público. Así, hasta el final. La Muchacha Vestida de Soldado comienza a pintarse frenéticamente los labios.

¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

La Muchacha Vestida de Soldado amaga ponerse en posición firme. Suena descarga de metralla. La Muchacha es alcanzada por los disparos. Luego mira, aterrada, al público. Así, hasta el final. La Joven Stripper se contonea maníacamente, y comienza a desnudarse.

¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

Descarga de metralla. La Joven Stripper acusa recibo, y luego mira, aterrada, al público, hasta el final. La Niña deambula febrilmente sobre sus tacos.

¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

Suena metralla. La Niña es alcanzada, y luego mira, aterrada, al público, hasta el final. La Muchacha de Cabellos Largos se peina frenéticamente.

¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

Suena metralla. La Muchacha acusa recibo. Luego mira, aterrada, al público. Amapola levanta los brazos para saludar a su público.

¡Pelotón! ¡Apunten! ¡Fuego!

Descarga de metralla. El cuerpo de Amapola se contrae. Desde allí, mira, aterrada, al público. Comienza intenso bombardeo, que ya no cesará hasta el final. Las Prostitutas observan, con ojos quietos, el horror del campo de batalla. El Joven Soldado se arroja, cuerpo a tierra, y comienza a arrastrarse desesperadamente, tratando de esquivar las bombas.

¡Brutus! ¡Hiparco! ¡Octavino! ¡Olaf! ¡Hoy es sábado! ¡Vamos en el tanque a joder al burdel! ¡Las chicas nos están esperando! ¡Las hay astutas, ingenuas, rebeldes, lunáticas! ¡Pero todas tienen algo tibio entre las piernas! (Mientras se arrastra y grita, El Joven Soldado es alcanzado aquí y allá por los disparos. La sangre parece excitarlo aún más.) ¡Brutus! ¡Hiparco!... ¿Reventamos? ¡Qué buena vida, eh! Un montón de carne picada... (Ríe, desahogado.) Un montón de carne picada...

Sobre la risa del Joven Soldado y la mirada aterrada de Las Prostitutas, se hace el apagón mientras crece, ensordecedor, el estruendo de las bombas.

fogata y luna

> **fogata y luna**

Versión libre de **Como gustéis** de William Shakespeare, según dramaturgia de Patricia Zangaro

PERSONAJES

EL NIÑO
EL TROVADOR
EL ACTOR/ ORLANDO
LA GITANA
OLIVERIO
EL ATLETA
MARGOT
LA DUQUESA
AMIENS
ROSALINDA
CELIA
LADY LUNÁTICA
EL PASTOR SILVIO
LA PASTORA AUDREYA
FEBÉ

FICHA TÉCNICA

EL NIÑO	Santiago Pedrero
EL TROVADOR	Pablo de Caro
EL ACTOR/ ORLANDO	Mauro Zoladz
LA GITANA	Verónica García
OLIVERIO	Federico Lamas
EL ATLETA/ EL PASTOR SILVIO	Alejandro Guaglianone
MARGOT	Marcela Peidro
LA DUQUESA	Cecilia <i>Checha</i> Balassa
AMIENS	Victoria Gobbi
ROSALINDA	Raquel Bogan
CELIA	Soledad Zurro
LADY LUNÁTICA	Brenda Fontán
LA PASTORA AUDREYA	Cecilia González
FEBÉ	Eva Ruderman
DISEÑO ESCENOGRÁFICO	Eduardo Meneghelli
VESTUARIO	Marina Fondeville
MAQUILLAJE	Helena Nesis/ Marina Fondeville
DISEÑO DE LUCES	Eduardo Meneghelli/Pablo Klappenbach
OPERADOR DE SONIDO	Bruno Olub
ASISTENTE DE DIRECCIÓN	Gustavo Gruszka
MÚSICA ORIGINAL	Pablo Klappenbach
DIRECCIÓN DE ACTORES	Helena Nesis
PUESTA EN ESCENA	Eduardo Meneghelli

Se escucha en off una violenta discusión entre un hombre y una mujer, en medio de ruidos lejanos de bocinas y alguna sirena. Un haz de luz descubre a un chico acurrucado en una terraza surcada de ropa tendida. El Niño escucha las voces que provienen de la casa, y se mesa, angustiado e impotente, los cabellos. De pronto, se tapa los oídos y su cuerpo ovillado comienza a marcar un ritmo. Primero lo hace para evadirse de la discusión, pero enseguida se entusiasma y se deja llevar por la música. Las voces adultas se extinguen, y comienza a escucharse la canción que tararea El Niño. Un rayo de luna descubre en lo alto de una vieja escalera al Trovador, mezcla de bufón y rockero, quien rasga unos acordes en su guitarra eléctrica, y canta la canción del Niño.

Canción del niño

Sopla, viento del invierno.
Nunca serás tan hiriente
como la crueldad del hombre,
ni tan filosos tus dientes
por ser del todo invisible
aunque puedas soplar fuerte.
Cantemos, viento, cantemos
al calor del árbol verde.
Hay mucha amistad fingida,
muchos amores dementes.
Pero la vida es hermosa
al calor del árbol verde.

Una espada atraviesa las sábanas colgadas de la soga, y ante los ojos del Niño aparece el Actor, quien viste ropaje cortesano, como si saliera de las páginas de una fábula isabelina.

EL ACTOR: El universo es un teatro, y nosotros, hombres y mujeres, somos los actores. Tenemos nuestras entradas y salidas de escena.

El Actor juguetea entre las sábanas, escondiéndose y descubriéndose.

Podríamos dividir la vida en siete actos. En el primero, el niño prendido a la teta de su madre. Después, arrastrando de mala gana la valija hasta la escuela. Más tarde, embobado, ante la visión de su amada. Véanlo luego criando bigote, en busca siempre de esa burbuja de aire que se llama gloria. Después, convertido a la prudencia, dando consejos con su panza de puerco cebado. La sexta edad nos ofrece a un escuálido viejo de anteojos que ha cambiado su voz masculina por un falsete infantil. La última escena, por fin, la que viene a cerrar esta extraña historia, es una segunda infancia del hombre, un estado de olvido profundo, en el que todo a la vez hace falta: los dientes, la vista y el paladar. (*Al Niño.*) Pero tu fantasía me convocó para que te contara la escena más propicia para tus años. La del... amante bobo...

*El Niño se fastidia y le da la espalda.
Vuelven a sonar en off las voces que pelean. Se escucha el ruido de platos que caen y se destrozan.*

EL ACTOR: *(Acercándose confidencial al Niño.)* No está mal que quieras purgar con amor el estómago de este mundo...

El Actor chasquea los dedos. El Trovador ensaya en su guitarra una melodía de ecos orientales, y aparece la Gitana. El Niño la mira, fascinado. La Gitana descorre una de las sábanas tendidas, y aparece un caldero humeante, en el que La Gitana revuelve sus pócimas.

Quando cae la noche... cuando los ruidos de la ciudad se desvanecen... cuando el hombre prudente se acuesta en su cama... los jóvenes amantes se reúnen bajo la luz de la luna...

LA GITANA: Encontré en el bosque una flor muy hermosa... Su jugo, exprimido en los párpados cerrados, basta para que una persona, hombre o mujer, se enamore perdidamente de la primera criatura viviente que vea al despertar...

EL ACTOR: Voy a contarte una historia de jóvenes y adultos, de locos y de cuerdos, de amores y de odios... Tomo a la luna por testigo: mi historia te hará dueño de la noche... para que mudes el dolor en gozo... Había una vez un joven maltratado por su familia... o lo que quedaba de su familia: su hermano mayor...

El Actor deja la capa y la espada, transformándose en Orlando. Por entre las sábanas aparece Oliverio, y lo sobresalta con un grito.

OLIVERIO: ¡Qué estás haciendo aquí! *(Oliverio se ríe, sádico, del susto de Orlando. Repentinamente serio.)* ¡Te pregunté qué estás haciendo en *mi* jardín!

ORLANDO: Nada. No sé hacer nada.

Oliverio se ríe, festejando la broma.

OLIVERIO: *(De pronto, violento.)* Podrías usar mejor tu tiempo. Dedicarte, por ejemplo, a la especulación filosófica. Justamente, acabo de escribir un ensayo sobre la relación entre la ropa tendida al sol y los broches de madera... una relación en la que el dolor y el amor se dan la mano...

ORLANDO: *(Interrumpiéndolo.)* ¡No te burles! No voy a hacer filosofía cuando apenas sé leer y escribir...

OLIVERIO: Es verdad... Entonces... por el momento, contentate con ser un cero a la izquierda hasta nueva orden.

ORLANDO: ¡Qué querés! ¿Que vaya al chiquero a comer con los cerdos? ¿Papá pidió que hicieras eso conmigo antes de morir?

OLIVERIO: ¿Sabés delante de quién estás?

ORLANDO: ¡Sí, mucho mejor que vos, que te negás a tratarme como a un hermano!

¡Por ser el mayor te creés con todos los derechos! ¡Pero aunque fuéramos veinte hermanos, todos tendríamos la misma sangre!

OLIVERIO: *(Levantando la mano.)* ¡Qué estás diciendo!

ORLANDO: *(Asiéndolo por el cuello.)* ¡Vamos, que no sos mi padre!

OLIVERIO: ¡Cómo te atrevés a levantarme la mano...!

ORLANDO: Voy a soltarte cuando se me dé la gana. Papá te encargó en su testamento que me dieras una buena educación, y vos te empeñaste en privarme de todo para apagar, para ahogar mis cualidades. Tengo el carácter de mi padre, y no voy a aguantar más este trato. O llevo la vida que me corresponde o me das mi parte de la herencia y me voy por ahí a probar suerte.

OLIVERIO: ¿Para qué? ¿Para terminar pidiendo limosna después de haber derrochado el dinero?

Orlando aferra a Oliverio con furia.

¡Pronto, muy pronto, voy a darte lo que me pedís!... Soltáme ahora...

Orlando lo suelta con incredulidad.

No te soporto más... *(Se ríe, de pronto.)* Ya tendrás noticias más, hermanito.

Oliverio desaparece detrás de las sábanas mientras Orlando vuelve a envolverse en su capa, y a transformarse en el Actor.

EL ACTOR: El malvado Oliverio ya tramaba la forma de deshacerse de su hermano... Por esos días la ciudad festejaba sus juegos... Un atleta, famoso por su fuerza y crueldad, desafiaba a los jóvenes ciudadanos a pelear con él hasta morir...

El Trovador ensaya una percusión circense. La Gitana descorre una sábana y, apenas entrevista por un haz de luz, aparece de espaldas la silueta del Atleta, con el torso desnudo, exhibiendo sus músculos.

VOZ EN OFF: *(A través de un parlante, como en las promociones de pueblo.)* ¡Gran competición! ¡No se la pierdan! “Puño de hierro” invita a todos los jóvenes a demostrar su valor... Huesos rotos, mandíbulas quebradas, fracturas de cráneos, riñones reventados, desprendimientos de retina, vómitos de sangre, gran diversión...

Mientras se escucha el pregón, Oliverio se ha encaramado hasta donde está el Atleta, le murmura algo al oído, y le esconde unos billetes bajo el cinturón de cuero que le ajusta el talle.

Oliverio se aleja, y El Atleta vuelve apenas la cabeza, con sonrisa siniestra.

EL ATLETA: *(Su voz de gángster suena en off, amplificada.)* ¡Vengan a pelear, jovencitos! ¿O es que tienen miedo...?

La voz en off profiere una carcajada grosera, y la Gitana vuelve a correr la sábana, haciendo desaparecer al Atleta.

EL ACTOR: El joven Orlando, sintiéndose solo, pobre, e insignificante, pensó que la pelea era una buena oportunidad para abandonar este mundo, que tanto lo había maltratado... Oliverio, por su parte, enterado de que su hermano se presentaría en las luchas, convenció al atleta de que peleara con Orlando hasta dejarlo con los sesos al sol...

Se escucha en off una riña entre un gato y un perro. El Niño, que escuchaba atentamente la historia del Actor, se incorpora irritado, y comienza a buscar entre las sábanas a sus mascotas.

EL NIÑO: ¡Margot! ¡Duquesa! ¡Vengan aquí! ¡Qué hacen! ¡Será posible que todo el mundo se peleé como perro y gato? ¡Margot! ¡Duquesa!

Sorpresivamente, aparece entre las sábanas Margot. Es la gata del Niño, pero se ha transformado en una lujosa cortesana.

(Mudo de asombro.) ¡Margot!

MARGOT: De ahora en más, podés llamarme... *Duquesa* Margot...

Un ladrido sobresalta al Niño.

Por el extremo opuesto, asoma entre las sábanas la Duquesa. Es la perra del Niño, convertida en noble dama.

EL NIÑO: ¡Duquesa!

LA DUQUESA: Eso mismo, precioso... La Duquesa soy yo. Con infames artimañas, ésta usurpó el gobierno de la ciudad, se apoderó de mis bienes... y me envió al destierro...

MARGOT: ¡Ahora la Gran Duquesa soy yo! *(Con una felina carcajada, desaparece.)*

EL ACTOR: *(Explicando al Niño, que vuelve a sumergirse en la historia.)* La pobre duquesa tuvo que refugiarse en el bosque... Sólo le permitieron llevarse a Amiens, su fiel modisto y peluquero...

Por entre las sábanas, cargando una valija, aparece Amiens, un cortesano mariquita, de fino bigotillo .

... ahora aspirante a poeta...

Amiens se para en el centro de la escena, y con voz aguda y chillona, recita unos versos de su autoría.

AMIENS: Cosa triste es el destierro
en el bosque oscuro y frío
para quien lujo y riqueza
en la ciudad ha tenido.
Mas si alguien bajo el olmo
quiere acostarse conmigo
¡que aquí venga!, ¡deje todo!,
que será bien recibido.

LA DUQUESA: (*Gritando, o ladrando, irritada.*) ¡Basta, Amiens! No sé si es más triste el destierro... o la rima de un mal poeta.

Amiens recoge la valija, y sale detrás de su señora.

EL ACTOR: En la ciudad dejó la Duquesa su fortuna... y también a su hija Rosalinda... Es que su prima Celia, la hija de Margot, la quería tanto, por haberse educado juntas desde la cuna, que no habría podido soportar el dolor de una separación...

El Actor chasquea los dedos, y suena una musiquilla cortesana. La Gitana descorre una sábana, y se inclina reverente ante la aparición de las dos jóvenes damas, Rosalinda y Celia, que avanzan tomadas de la mano, y se sientan en sendas banquetas que acomoda La Gitana. Rosalinda parece muy triste. Celia da unas palmadas, y de la escalera se descuelga El Trovador. Se descubre, al moverse, que tiene la mitad del cuerpo tullido; con la mitad sana realiza increíbles acrobacias.

CELIA: Mi prima está muy triste. ¿Vas a alegrarnos, bufón?

Estalla la música, y El Trovador baila frenético con su cuerpo desgarbado. Cuando termina su danza, se desploma, con un gracioso salto, como si estuviera muerto.

Celia aplaude divertida. Rosalinda apenas menea la cabeza.

CELIA: Te ruego que estés más alegre, Rosalinda.

ROSALINDA: No puedo estar alegre, Celia, pensando en mi madre desterrada...

CELIA: Pero, ¿y mi cariño? ¿No te alcanza? ¿No te hace feliz...?

Rosalinda sonríe con tristeza.

Voy a hacerte un juramento para que sepas cuánto te quiero. Cuando mi madre se muera, voy a poner en tus manos la herencia que me corresponda... para devolverte con mi cariño todo lo que mi madre le quitó por la fuerza a la tuya... ¿Y? ¿Eso no te pone contenta?

Rosalinda mira conmovida a Celia, y se abrazan.

TROVADOR: ¡Señoras mías! Lamento interrumpir tan emotivo momento. Pero me han mandado venir a buscarlas... para presenciar una gran diversión...

CELIA: (*Exaltada.*) ¿Una diversión?

TROVADOR: ¿Es diversión el hundimiento de costillas, el estallido de órganos y las hemorragias...?

CELIA: Ahora estás hablando como un loco...

TROVADOR: ¡Diversión llaman los cuerdos de esta ciudad al espectáculo de la lucha y la muerte en combate! (*Se inclina, con irónica reverencia.*) Están invitadas a los juegos, señoras...

La Gitana descorre una sábana, y las dos jóvenes salen, algo confusas, seguidas por el Trovador, que se va dando brincos.

EL ACTOR: Rosalinda y Celia asistieron a los juegos de la ciudad. Y allí vieron cómo, contra todos los pronósticos, el joven Orlando venció al atleta carnicero...

El Trovador vuelve a hacer sonar la percusión circense. La Gitana descorre la sábana detrás de la que se ocultaba el Atleta. Este hace una última y orgullosa exhibición de músculos y luego comienza a encogerse al compás de la percusión hasta terminar completamente derribado en el suelo. Mientras tanto, el Actor se ha transformado en Orlando y se inclina, modesto, a recibir los aplausos.

VOCES EN OFF:

¡Bravo! ¡Bravo!

MARGOT: *(Apareciendo, felina, por detrás de Orlando.)* ¿Cuál es tu nombre... jovencito valiente?

ORLANDO: *(Con timidez, mientras ella lo observa, dando vueltas a su alrededor.)* Me llamo... Orlando, señora... Y soy hijo de *sir* Rolando de los Bosques...

MARGOT: *(Como si le diera un zarpazo, enfurecida.)* ¿Rolando de los Bosques?... Tu padre fue mi enemigo... Me gustó mucho tu hazaña, jovencito... pero más me hubiera gustado que fueras hijo de otro padre...

Margot va a retirarse, cuando aparecen Celia y Rosalinda, radiantes y dispuestas a felicitar al joven triunfador.

MARGOT: *(Volviéndose, para que ellas escuchen.)* Será mejor que te alejes de la ciudad, jovencito... Me son odiosos los hijos de mis enemigos... *(Mira con intención a Rosalinda, y sale.)*

CELIA: *(Adelantándose hasta Orlando.)* ¡Señor, queremos felicitarlo! De verdad... no creímos que usted pudiera hacer semejante proeza... Si es capaz de hacer esas hazañas por una mujer, su amada debe ser muy feliz...

La Gitana desprende del cuello de Rosalinda la cadena que la adorna, e induce a la joven a que se la entregue a Orlando.

ROSALINDA: *(Siguiendo, como una autómatas, las "órdenes" de La Gitana.)* Esto... es para usted...

CELIA: *(Sorprendida.)* ¡Rosalinda!

LA GITANA: Llévelo por mi amor...

ROSALINDA: *(Repitiendo.)* Llévelo por mi amor, por el amor de una joven desdichada... que más le daría si más pudiera darle...

CELIA: Vamos, Rosalinda...

ROSALINDA: *(Muy turbada.)* Sí, vamos, prima...

EL NIÑO: ¡Se van, Orlando! ¡Tenés que hablarle!

ORLANDO: *(Tembloroso.)* No... no puedo...

EL NIÑO: ¡Dale las gracias siquiera!

Rosalinda y Celia han desaparecido detrás de las sábanas.

ORLANDO: (*Poniéndose, trémulo, la cadena.*) No puedo hablar... No sé qué me pasa...
¡Qué me pasa!

La Gitana se echa a reír. Orlando vuelve a transformarse en El Actor.

EL ACTOR: ¡Pobre Orlando! Pudo vencer al atleta, pero ahora el amor lo ha vencido a él... Sin embargo, debió huir, lejos de Rosalinda, para cumplir la orden de Margot... No sabía él que muy pronto su amada le seguiría los pasos...

El Actor chasquea los dedos, y El Trovador ensaya con su percusión un aire marcial.

Por entre las sábanas avanza, grave y ceremoniosa, Margot. Por el extremo opuesto entran, igualmente marciales, Rosalinda y Celia. Se detienen frente a frente. Margot ordena con una seña al Trovador que guarde silencio.

MARGOT: Señorita, dispóngase a partir y abandonar mi corte.

ROSALINDA: ¿Yo, tía?

MARGOT: Sí, señorita. Si dentro de veinte días todavía está en la ciudad, puede darse por muerta.

ROSALINDA: ¡Pero, señora! ¿Por qué? Quiero saber por qué tengo que partir. ¡Si yo nunca la ofendí! ¡Lo juro!

MARGOT: Así hablan los traidores. Si fuera por las palabras que juran serían todos inocentes. Baste saber que desconfío de usted, señorita.

ROSALINDA: ¡Pero en qué basa su desconfianza!

MARGOT: Sos la hija de tu madre. Eso basta.

ROSALINDA: ¡Mi madre nunca fue una traidora! ¡Y yo tampoco lo soy! ¡No puede imputarme ese crimen sin ningún fundamento!

CELIA: Madre, por favor...

MARGOT: Celia, sólo por vos permití que ella se quedara en la corte...

CELIA: ¡No fue sólo por mí! ¡Se quedó por tu voluntad, porque vos misma sentiste compasión! Si Rosalinda es culpable de traición, yo también lo soy. Compartimos la misma cama, nos levantamos las dos al mismo tiempo. Educación, recreos, comidas, todo lo tenemos en común. ¡Siempre estuvimos juntas!

MARGOT: Te engaña, hija mía. Mostrándose mansita se gana la compasión de la gente. ¡Y así, toda la ciudad la prefiere a vos, que sos mil veces más valiosa! Cuando se haya ido, no habrá nadie que brille más que mi propia hija. El fallo es irrevocable: Rosalinda queda condenada al destierro.

CELIA: Ese fallo es contra mí, madre. No puedo vivir separada de mi prima.

Margot amaga un zarpazo de reprimenda a su hija.

MARGOT: Veinte días de plazo, señorita... Si no... *(Hace el gesto de cortar cabezas, se ríe, y sale, tan marcial como hubo entrado.)*

CELIA: *(Abrazando a Rosalinda.)* ¡Rosalinda! ¿Adónde vas a ir? ¿Querés cambiar de madre? Yo te doy la mía. ¡No llores, no me hagas llorar, por favor!

ROSALINDA: ¡Tengo motivos para llorar!

CELIA: ¿Y yo no acaso? ¿O no te diste cuenta de que mi madre me desterró a mí también?

ROSALINDA: No, a vos no te desterró...

CELIA: ¿Pero es que no entendés, Rosalinda? ¡Nosotras no podemos separarnos! ¡Que se busque mi madre otra hija! Tenemos que irnos juntas, juntas a todas partes. ¡No voy a permitir que sufras sola, juro por el cielo que voy a ir adonde vayas!

Rosalinda mira a Celia con gratitud.

ROSALINDA: ¿Y adónde vamos a ir...?

CELIA: A... ¡Al bosque! ¡Con tu madre!

ROSALINDA: Dos jóvenes solas en medio del bosque... Van a violarnos y matarnos antes de que amanezca...

CELIA: Podemos vestirnos con harapos y ensuciarnos la cara... así pasaremos por mendigas... y los hombres no van a molestarnos...

ROSALINDA: ¡No, tengo una idea mejor! Como yo soy la más alta, voy a disfrazarme de hombre... con espada y un aire fanfarrón... como todos esos cobardes que aparentan valentía...

CELIA: ¿Y cómo te vas a llamar?

ROSALINDA: ¡Ganimedes!, como el paje de Júpiter... ¿Y vos?

CELIA: ¿Yo?... Aliena, que quiere decir desterrada...

La Gitana les alcanza ropa y maquillaje, y las jóvenes comienzan a transformarse, divertidas.

ROSALINDA: *(De pronto, triste.)* Celia... ¿te parece que volveré a ver a Orlando...?

CELIA: Con esta manía de hacer desaparecer a todo el que no le cae simpático, mi madre lo desterró delante de nuestras narices... A lo mejor... Orlando también busca refugio en el bosque...

ROSALINDA: ¿Te parece...?

CELIA: *(Riéndose del disfraz masculino de Rosalinda.)* Sí, Ganimedes...

Ensayando su nueva condición de hombre, Rosalinda da un chillido al Trovador, que se ha quedado dormido. Este despierta con un grito despavorido.

ROSALINDA: ¡Shhh! (*Le hace señas para que baje de la escalera.*) Este nos va a hacer el viaje menos triste...

CELIA: ¡Sí, vámonos alegres, no al destierro, sino a la libertad!

Suena un grotesco aire marcial. Con paso de soldado fanfarrón, Rosalinda desaparece detrás de las sábanas, seguida por Celia, que camina encorvada, como una hambrienta mendiga, y el Trovador, ágil en su cuerpo tullido.

EL ACTOR: Y mientras Rosalinda y Celia huyeron esperanzadas hacia el bosque... en la ciudad empezaron a oírse los feroces rugidos de Margot...

Suenan golpes a una puerta. Es como si un ejército intentara derribar una muralla.

VOCES GUERRERAS EN OFF:

¡Abran! ¡Paso a la Duquesa Margot! ¡Abran!

Oliverio, dormido, y apenas cubierto con una bata, arrastra los pies hasta una de las sábanas.

OLIVERIO: ¡Ya va! ¡Un momento!

VOCES: ¡Abran! ¡O pasarán todos a degüello! ¡Abran!

Oliverio va a descorrer la sábana, cuando ésta se abre sorpresivamente, y aparece Margot, con casco y armadura.

OLIVERIO: (*Prendiéndose la bata, asustado.*) ¡Duquesa...!

MARGOT: ¿Dónde está tu hermano?

OLIVERIO: ¿Mi hermano...?

MARGOT: Sí, no aparentes sorpresa, querido Oliverio... Mi hija Celia desapareció con su prima Rosalinda... Mis criados están seguros de que se fueron detrás de Orlando, ya que Rosalinda está perdidamente enamorada de tu hermanito... “Donde esté Orlando, estará Rosalinda”, dicen, “y donde esté Rosalinda...” (*Margot se quiebra y lloriquea.*)... “estará mi pequeña Celia...” (*Margot se recompone y amenaza a Oliverio con un zarpazo.*) ¡Quiero saber dónde está tu hermano!

OLIVERIO: No... no sé, Duquesa Margot...

MARGOT: (*Otro zarpazo.*) ¡Basta de encubrimientos! Vas a traerme a tu hermano, vivo o muerto, ¿me oíste? Si no aparece aquí antes de mañana, ¡yo misma voy a cortarte la cabeza, por cómplice!

OLIVERIO: Pero, duquesa Margot... usted se equivoca... ¡Cómo voy a ser cómplice de Orlando, si lo odio con todo mi corazón!

MARGOT: (*Impresionada.*) ¿Odiás... a tu propio hermano?

OLIVERIO: Bueno, no se escandalice, Margot... (*Guiñándole un ojo, insolente.*) ¿Acaso usted misma no tuvo problemas con su hermana la Duquesa...?

MARGOT: *(Con un aullido histérico.)* ¡Eso es una infamia! ¡Cómo te atreves a insinuar...! *(Dándole feroces zarpazos.)* ¡Miserable! ¡Malvado!

OLIVERIO: *(Sorprendido.)* Pero... duquesa...

MARGOT: ¡Fuera! ¡Fuera de mi vista! ¡Guardias! ¡Que lo echen de la ciudad y se proceda al embargo de todos sus bienes!

OLIVERIO: *(Desesperado.)* ¡Señora!

MARGOT: ¡No me hables, miserable!

Margot sale con dignidad, y tras ella, tan desolado que no advierte que se le ha caído la bata, Oliverio.

EL ACTOR: ¡Cuántos peligros acechan en la ciudad! Los poderosos que conspiran en sus palacios pueden ser más feroces que la bestia que roe su presa en la espesura del bosque.

Se escucha un ladrido, y el crujir de dientes de un perro.

El Niño se inquieta buscando a su perra.

EL NIÑO: ¡Duquesa! ¡Qué estás haciendo...? ¡Otra vez mordiendo mis zapatos...? *(El Niño se disculpa frente al Actor.)* Es que la pobre... tiene hambre...

El Actor sonríe comprensivo, cuando entre las sábanas, precedida por un ladrido, aparece la Duquesa, limpiándose la boca con una servilleta.

LA DUQUESA: ¡Ah, sabrosos son los frutos de la adversidad! ¡No es verdad, Amiens, que nuestra vida en los bosques es dulce y amena?

Amiens aparece por detrás, con tijera y cepillo, intentando dominar los salvajes cabellos de la Duquesa.

Sólo tenemos que sufrir el cambio de estaciones. Pero cuando sopla el huracán y el granizo me azota la cara, yo me sonrío y me digo: por suerte la Naturaleza no se preocupa por adularme, como los cortesanos de palacio; con sincera crudeza, me hace sentir lo que soy.

AMIENS: Es verdad, señora... aunque el bosque puede ser muy... solitario.

LA DUQUESA: ¿Extrañas la ciudad, Amiens?

AMIENS: En realidad, los ciudadanos, señora...

La Duquesa se ríe de Amiens. Una risa le contesta, como un eco. La Duquesa y Amiens se vuelven, sorprendidos.

LA DUQUESA: ¿Qué es eso?

AMIENS: Parece un eco.

La Duquesa vuelve a reírse, y vuelve a producirse el eco. Comienza a emitir pequeñas y diversas carcajadas, en distintos tonos y ritmos, y todas ellas son contestadas por el eco.

AMIENS: Yo conozco esa risa...

LA DUQUESA: También a mí me resulta familiar...

La Gitana descorre una sábana y, bañada por un rayo de luna, con los larguísimos cabellos al viento, y envuelta en una túnica que cubre apenas su blanca desnudez, aparece Lady Lunática .

AMIENS: ¡Es Lady Lunática!

LA DUQUESA: *(En un ladrido furioso.)* ¡Ya una vez te eché de mi corte, por licenciosa! ¿Qué hacés de nuevo ante mis ojos?

LADY LUNÁTICA:

(Riéndose, escandalosa.) ¡Es usted quien invade mi corte, señora! ¡Yo soy la reina del bosque y de la noche!

LA DUQUESA: Veo que estás tan loca como en los viejos tiempos...

LADY L.: ¡Ojalá fuera loca! ¡Que arranquen de mi cabeza el último vestigio de cordura! Quiero ser libre como el viento y soplar hacia donde se me antoje. ¡Ese es el privilegio de los locos! Poder decir la verdad, y que todo el mundo se sonría en lugar de ofenderse, porque son las palabras de un pobre loco. ¡Que todos me señalen como loca! Así tendré la libertad de decir lo que pienso.

LA DUQUESA: No creo que nadie quiera escuchar tus verdades, Lady Lunática... Tus audacias siempre escandalizaron a la corte...

LADY L.: ¿Acaso te sigue importando la opinión de la corte? ¡Esa es la misma corte que te robó tu fortuna y te echó de la ciudad, Duquesa!

LA DUQUESA: *(Sorprendida.)* ¡Cómo sabés...!

LADY L.: *(Riéndose, desbocada.)* El estómago de este mundo está sucio de ambición, de egoísmo y de odio, Duquesa... Yo puedo purgarlo de sus impurezas, siempre y cuando esté dispuesto a tomar mi medicina...

LA DUQUESA: ¿Así?... ¿Y cuál es tu medicina, si es que puede saberse?

LADY L.: Escuchar lo que piden los cuerpos... cuando se buscan en la noche oscura...

AMIENS: *(Con una risilla histérica.)* Eso me gustó...

La Duquesa lo hace callar, molesta.

LADY L.: Los ojos húmedos, las manos ávidas, las bocas tibias, el abrazo y la sangre que galopa en un mar de espuma... Esa es mi medicina, querida Duquesa...

LA DUQUESA: El amor... Nunca pensaste en otra cosa, ¿no, Lady Lunática? Por excesos de amor te eché de mi corte... y por falta de amor... me echaron a mí... Te pido que olvidemos nuestros viejos rencores... y te sientes a mi mesa... ¡Amiens! La cena.

AMIENS: Sí, señora...

EL ACTOR: Y mientras La Duquesa y su invitada disfrutaban del banquete... el joven Orlando vagaba, cansado y hambriento, por el bosque...

El Actor se convierte en Orlando.

ORLANDO: Rosalinda... Quiero grabar tu nombre en cada uno de estos árboles...

La Gitana se acerca a Orlando, y se coloca en posición de árbol.

(Como si tallara la corteza de un árbol sobre el cuerpo de La Gitana.)

Desde Oriente hasta Poniente,

en el reino de la India,

no existe ningún tesoro

que iguale a mi Rosalinda.

Los árboles serán mi libro de memorias, para que los ojos de quienes recorran estos bosques encuentren por todas partes el testimonio de mi amor. *(Orlando se siente desfallecer.)* Ay, no se puede ser poeta con el estómago vacío... Ahora siento que el hambre es más grande que el amor...

La Gitana se mece, como un árbol.

LA GITANA: *(Susurrándole al oído, como si hablaran las hojas mecidas por el viento.)*

Allí, detrás de los arbustos...

ORLANDO: *(Sorprendido.)* ¡Qué!

LA GITANA: Allí, detrás de los arbustos, hay unas señoras dándose un gran banquete...

ORLANDO: ¿De veras? *(Desenvainando su espada.)* Ahora vamos a ver si mi amor va a dejarse vencer por mi estómago... *(Apartando con violento arrebató una sábana.)* ¡Señoras, vengo a comer!

La Duquesa, Lady Lunática y Amiens se vuelven sorprendidos hacia Orlando.

LA DUQUESA: ¡Pero quién es este mal educado!

ORLANDO: Un hambriento, señora, que no tiene tiempo para perder en cortesías...

LA DUQUESA: Con buenas maneras vas a conseguir más que con esa grosería...

ORLANDO: Juro que provengo de una buena familia, señora, y soy un hombre educado... Pero me muero de hambre... ¡Denme de comer!

LADY L.: *(Sonriendo complacida.)* ¡Esa es una lección de sinceridad!

LA DUQUESA: Sólo por eso voy a complacerlo... Puede sentarse a comer, señor...

ORLANDO: *(Arrojándose sobre la comida.)* ¡Gracias, mi señora!

LA DUQUESA: *(Observando la voracidad de Orlando.)* ¡Qué buen apetito tiene el caballero!

LADY L.: ¿Será en todo tan... voraz?

AMIENS: *(Entusiasmado.)* Este derroche de deseo... merece una canción...

Suena una musiquilla, y Amiens canta con su voz chillona, mientras observa embelesado a Orlando, que come con avidez.

AMIENS: Cantemos, viento, cantemos
al calor del árbol verde.
Hay mucha amistad fingida,
muchos amores dementes.
Pero la vida es hermosa
al calor del árbol verde.

LA DUQUESA: Me dijiste que provenías de una buena familia...

ORLANDO: *(Ya saciada su hambre.)* Sí, señora. Soy hijo de *sir* Rolando de los bosques...

LA DUQUESA: ¿De veras?

LADY L.: Sí, si es su vivo retrato. ¡Ay, qué hombre tan bello era *sir* Rolando!

LA DUQUESA: Tu padre fue mi más fiel servidor, querido amigo... Estás hablando con la mismísima Duquesa...

ORLANDO: *(Besándole las manos.)* ¡Señora Duquesa!

LA DUQUESA: De ahora en más quiero que te sientes a mi mesa cuando te plazca... aunque ya no pueda ofrecerte los lujos del palacio...

Suena una música cortesana. Los personajes se congelan como en un grabado de la época, mientras Orlando se transforma en el Actor.

EL ACTOR: Y mientras Orlando encontraba en el bosque un consuelo a sus pesares... Rosalinda y Celia hallaron refugio en la cabaña de un triste pastor...

CELIA: *(Echándose al pie de un árbol)* ¡No puedo más!

ROSALINDA: *(Imitándola.)* Yo tampoco... Si no fuera porque estoy vestida de hombre, me pondría a llorar...

TROVADOR: En cambio yo, voy a llorar a gusto... aunque lleve de hombre el traje... y algo más...

CELIA: Si encontráramos un lugar donde descansar...

ROSALINDA: Y echar algo en el estómago...

TROVADOR: ¡Miren! Ahí hay uno que llora más que nosotros tres ...

La Gitana descorre una sábana, y a las puertas de su cabaña, con la cabeza hundida entre las piernas, aparece el Pastor Silvio.

CELIA: *(Bajando la voz.)* Parece un pastor...

ROSALINDA: ¿Llorará también por hambre...?

TROVADOR: Ese llora por amor... Conozco bien la melodía... *(Llamando con un grito.)* ¡Hola, pastor!

ROSALINDA: ¡Shhh, no lo molestes!

EL PASTOR: *(Volviendo hacia ellos la cara bañada en lágrimas.)* ¿Quién llama?

TROVADOR: *(Gritando.)* Unos que también sufren mal de amores...

ROSALINDA: ¡Basta, te digo!

EL PASTOR: *(Sacando un gran pañuelo y sonándose ruidosamente la nariz.)* Pero... ¿cómo saben ustedes que sufro por amor?

TROVADOR: *(Gritando.)* Conocemos bien la melodía.

EL PASTOR: *(Sonándose aún más ruidosamente.)* Vengan aquí entonces... No se escondan en la oscuridad...

TROVADOR: *(Apartándose de Rosalinda y Celia, y mostrándose bajo la luz de la luna.)* Buenas noches, amigo... Yo también estuve enamorado... y también hice el ridículo muchas veces... Recuerdo que llegué a besar los orines de mi linda amada...

ROSALINDA: *(Irrumpiendo desde la sombra, al Trovador.)* ¡Ya está bien!, ¿no te parece? Perdón, amable pastor... Me llamo Ganimedes. ¡Buenas noches!

CELIA: *(Apareciendo detrás de Rosalinda.)* Y yo Aliena... ¡Buenas noches!

EL PASTOR: *(Sonándose otra vez la nariz, sorprendido.)* Buenas noches... ¿en qué puedo servirlos?

ROSALINDA: Señor pastor... quizá usted quiera... por compasión...

CELIA: O por dinero tal vez... bueno... tenemos algunas monedas...

TROVADOR: *(Interrumpiéndolas.)* Será mejor ir al grano... Señor pastor, somos tres que desesperan por un plato de comida y un rincón caliente donde echarse a dormir...

El Pastor enmudece, y se produce un incómodo silencio.

EL PASTOR: *(Mirándolos largamente.)* Ustedes dijeron... que sufren por amor...

TROVADOR: *(Haciendo señas a Rosalinda y Celia para que asientan.)* Sí, sí, muchísimo.

EL PASTOR: ¿Y cómo se llama la causa de esos males?

ROSALINDA: *(De pronto, triste.)* Orlando...

EL PASTOR: ¡¿Cómo?!

TROVADOR: ¡Orlanda! Sí, señor, Orlanda, escuchó bien...

EL PASTOR: ¿Y... sufre mucho por esa... Orlanda?

CELIA: *(Acariciando el hombro de Rosalinda.)* Mi señor llora todo el día por ella...

EL PASTOR: *(Limpiándose los mocos.)* Nadie... nadie en el mundo es capaz de sufrir lo que yo sufro por Febé...

TROVADOR: ¿Febé?

EL PASTOR: Sí, Febé, con acento en la é.

TROVADOR: *(Con solemne inspiración.)*
 Hermosísima Febé,
 la del acento en la é,
 si nos dieran de comer,
 te honrarían estos tres...

Rosalinda y Celia miran al Trovador con severidad.

EL PASTOR: (*Sonándose la nariz.*) Quienes honren a mi Febé... tendrán un lugar en mi mesa... Pasen, señores...

Rosalinda, Celia y el Trovador desaparecen detrás de las sábanas, seguidos por el Pastor.

EL ACTOR: Muy pronto descubrió Rosalinda que Orlando también había huido hacia el bosque, y que estaba locamente enamorado de ella...

LA GITANA: (*Poniéndose en posición de árbol, recita.*)
Desde Oriente hasta Poniente,
en el reino de la India,
no existe ningún tesoro
que iguale a mi Rosalinda.

CELIA: (*Gritando, excitada.*) ¡Rosalinda! ¡Aquí, debajo del árbol grande!
¡Y aquí también, en la corteza del álamo! ¡Allá, en lo alto del sicomoro!

ROSALINDA: (*Llegando, sorprendida.*) ¿Qué pasa, Celia?

CELIA: En todas partes está escrito tu nombre: Rosalinda, Rosalinda, Rosalinda...

Celia toma a Rosalinda de la mano y la lleva hasta La Gitana, que aún se mece en posición de árbol.

LA GITANA: No existe ningún tesoro...

ROSALINDA: (*Leyendo, asombrada.*) que iguale a mi Rosalinda... Bueno, los versos no son muy buenos...

CELIA: ¿Eso qué importa?... ¿No adivinás quién es el autor?

ROSALINDA: Debe ser un hombre...

CELIA: Un hombre al que le pusiste una cadena en el cuello...

ROSALINDA: ¡Qué estás insinuando, Celia!

CELIA: Que es... ¡Orlando!

ROSALINDA: No te burles, Celia.

CELIA: ¡Te juro que es él!

ROSALINDA: ¡Pero... cómo! ¿Dónde lo viste? ¿Cómo estaba? ¿Hablaste con él? ¿Qué te dijo? ¿Preguntó por mí? ¿Quedaste en volver a verlo? ¿Estaba tan hermoso como cuando venció al atleta?

CELIA: ¡Basta! No puedo contestar todas esas preguntas a la vez. Lo vi... al pie de un árbol...

ROSALINDA: ¿Dónde?

CELIA: Estaba vestido de cazador...

ROSALINDA: ¿De cazador? ¿Por qué?

CELIA: ¡Pero no me interrumpas...! ¡Ay..!

ROSALINDA: ¿Qué pasa?

CELIA: Ahí... Ahí viene...

ROSALINDA: ¡Qué!

CELIA: (*Señalando a lo lejos.*) Viene para aquí, Rosalinda...

ROSALINDA: ¡Ay, Dios mío, y yo vestida de hombre!...

CELIA: Vamos, Rosalinda, antes de que nos vea...

ROSALINDA: No, quedémonos... Voy a hablarle...

CELIA: ¿Pero con qué motivo?

ROSALINDA: Con ninguno... como un insolente... Ya sé, como un sinvergüenza... Voy a hacer el sinvergüenza...

CELIA: Es una locura, Rosalinda... Mejor vámonos...

ROSALINDA: (*Gritando.*) ¡Eh, cazador!

El Actor se ha transformado en Orlando, y se vuelve sorprendido hacia Rosalinda.

ORLANDO: ¿Qué quiere!

ROSALINDA: ¿Me dice la hora?

ORLANDO: ¿La hora...? No hay relojes en el bosque.

ROSALINDA: Entonces tampoco debe haber verdaderos amantes, porque un suspiro por minuto y un gemido cada hora indicarían con más exactitud que un reloj la marcha del tiempo.

ORLANDO: (*Mirando interesado a Rosalinda.*) ¿Quién es usted?

ROSALINDA: Un pastor... vivo aquí, junto a mi hermana... (*Señala a Celia.*)

ORLANDO: Tu forma de hablar me recuerda más a la corte que al bosque...

ROSALINDA: Muchos me dijeron lo mismo. Aprendí ese lenguaje de un tío que en su juventud viajó por todo el mundo y sabía mucho de amores, porque al parecer vivió, y sufrió, un gran amor. Había que ver cómo hablaba el viejo contra el amor. Para él era una enfermedad.

ORLANDO: ¿Por qué?

ROSALINDA: Mire, anda por este bosque un hombre que echa a perder nuestros árboles grabando el nombre de una tal Rosalinda... ¿No le parece un enfermo? Si pudiera tropezar con ese delirante le daría muy buenos consejos, porque el pobre está atacado de la fiebre del amor.

ORLANDO: Yo soy ese enfermo. Ojalá pudieras darme un remedio.

ROSALINDA: ¿Así que estoy delante de ese desgraciado...? ¿Y tan enamorado estás?

ORLANDO: Con locura.

ROSALINDA: Sí, sí, el amor es una locura, un delirio. Pero tiene cura.

ORLANDO: ¿Alguna vez curaste a un enamorado?

ROSALINDA: A uno solo. Le hice imaginar que yo era su amada, y le propuse que viniera a seducirme todos los días. A veces me mostraba cariñosa, otras lo rechazaba. Primero lloraba tiernamente, y después le gritaba con furia. Actuaba como una coqueta, y más tarde lo humillaba con mi indiferencia. Hice todo esto con tanta habilidad que su amor se transformó en verdadera locura, y terminó encerrado en un monasterio. Así se curó.

ORLANDO: Yo... no sé si quiero curarme...

ROSALINDA: Si te decidís a dejar de sufrir por amor... podés llamarme Rosalinda, y venir todos los días a mi cabaña a seducirme... ¿Vamos, Celia? (*A Orlando, antes de desaparecer.*) Allí, detrás del álamo... ¡Te espero!

EL NIÑO: (*Al Actor.*) ¿Y Orlando fue a la cabaña...?

EL ACTOR: (*Volviendo al relato.*) ¡Claro!... Pero mientras Orlando creía poder curarse del amor... otros descubrían que no hay peor enfermedad que no vivir enamorado...

El Trovador templea con dulzura su guitarra. Se escuchan sonidos bucólicos: el rumor de las aguas de un arroyo, el pastar de las cabras. La Gitana prepara agua en una tina. Por entre las sábanas aparece La Pastora Audreya, los cabellos sueltos, el vestido rústico, los pies descalzos. Se introduce en la tina, y comienza a bañarse, como si estuviera en el arroyo. El Trovador la espía con deleite.

TROVADOR: (*Con un suspiro.*) ¡Quisiera ser arroyo... para lavarte la mugre!

Audreya se vuelve asustada.

AUDREYA: ¿Quién está ahí...?

TROVADOR: Un hombre que apenas te vio... se enamoró...

AUDREYA: (*Saliendo de la tina y cubriéndose avergonzada.*) Me parece que sus ojos lo engañan, señor... Yo soy muy poca cosa... Apenas una pastora...

TROVADOR: ¡Sos mucho más que las damas cubiertas de joyas y carmines! Tu cuerpo rústico y roñoso me encandiló...

AUDREYA: (*Con inocencia.*) Gracias, señor... Usted habla como un poeta...

TROVADOR: ¡Soy un poeta! (*Mostrándose.*) ¿No te gusto?

AUDREYA: (*Mirándolo con atención.*) Su cara... disculpe, señor... no es muy poética...

TROVADOR: Mi cara es un error de la Naturaleza... pero mi corazón es un tesoro... ¿Cómo es tu nombre?

AUDREYA: Audreya, señor... ¡Y aunque no soy hermosa, soy honesta!

TROVADOR: (*Embobado.*) ¡Ay, Audreya, desde hoy, soy una cabra más de tu rebaño... ¡Casémonos ahora mismo!

AUDREYA: (*Riéndose, comienza a irse.*) Usted está loco, señor...

TROVADOR: ¡Ojalá todos, querida Audreya, fuéramos un poco locos! (*Encogiéndose como si fuera una cabra, se cuelga del vestido de Audreya, y sale detrás de ella, balando como un cabrito.*)

EL NIÑO: (*Con ansiedad.*) Pero Orlando ¿fue o no fue a la cabaña de Rosalinda?

EL ACTOR: ¡Ya te dije que sí!... En realidad, tardó un poco en decidirse... mientras Rosalinda lo esperaba con desesperación... Una de esas noches en las que Rosalinda esperaba a Orlando en la puerta de la cabaña, pudo conocer a la famosa Febé...

Suena el sonido de un cerdo. Rosalinda, que esperaba a Orlando mirando hacia el bosque, se esconde detrás de un árbol. Por detrás de la cabaña aparece Febé, seguida por el Pastor. Febé tiene el cuerpo de una sirena y la repugnante máscara de una cerda.

EL PASTOR: Hermosa Febé, no me mires, tus ojos me matan...

FEBÉ: (*Con un gruñido.*) No me sigas más. No te soporto.

EL PASTOR: Podrías decirme que no me querés sin herirme tanto. Ni siquiera un verdugo tortura a su víctima con tanta crueldad.

FEBÉ: ¡Es que no agunto tus mentiras! Decís que mis ojos matan... A ver, mirame... Si mis ojos de verdad tienen el poder de matar, caete aquí muerto... ¿No lo hacés?... Entonces no mientas diciendo que mis ojos son asesinos. ¿Dónde están las heridas que te hicieron? No veo ninguna cicatriz.

EL PASTOR: El día que te enamores, Febé, vas a conocer las heridas invisibles que causa el amor.

FEBÉ: No pienso enamorarme. Y te suplico que no te me acerques más...

ROSALINDA: ¿De qué madre sos hija para tratar así a un pobre desgraciado?

Febé Y El Pastor se vuelven sorprendidos. Febé mira a Rosalinda con fascinación, y emite excitados soniditos de cerda.

¿Qué pasa? ¿Por qué me mirás así?... ¿No pretenderás seducirme? Ni en la noche más oscura tendría el coraje de llevarte a mi cama...

EL PASTOR: ¡Un momento!

ROSALINDA: ¡Silencio! ¿No te da vergüenza ir detrás de ésta suspirando? Sos mil veces más hermoso como hombre que ella como mujer. No es el espejo el que la envanece, ¡sino vos! Ella se mira en tus ojos, y aunque nadie lo crea, ¡se ve hermosa!

Febé mira a Rosalinda, boquiabierta.

(*A Febé.*) Aprendí a conocerte pronto, ¿verdad? Te recomiendo que te pongas de rodillas y todos los días des gracias al cielo por haberte concedido el amor de un hombre como éste. Te lo digo como un amigo: ahora que se presenta comprador, aprovecharé la ocasión: no

sos mercadería fácil de despachar. Pedile perdón a este hombre, amalo, y aceptá su oferta. No hay peor fealdad que la de una fea vanidosa... ¡Buenas noches!

Rosalinda comienza a irse.

FEBÉ: ¡No te vayas! Podés retarme durante un año seguido si querés. Me gustan más tus insultos que los piropos de éste.

ROSALINDA: *(Al Pastor.)* Si es así, todas las veces que te maltrate voy a venir a insultarla un rato... *(A Febé.)* ¿Puedo saber por qué me mirás así?

FEBÉ: *(Con un gruñido.)* Es sin mala intención.

ROSALINDA: ¡Te recomiendo que no te enamores de mí! Sería... el más imposible de los amores... ¡Buenas noches!

Rosalinda desaparece. Febé lo mira irse, cautivada.

EL PASTOR: Febé...

FEBÉ: ¡Qué pasa!

EL PASTOR: ¿Vas a tener piedad de mí?

FEBÉ: Sí, ahora te compadezco...

EL PASTOR: Entonces, amame, así terminamos de una vez con tu compasión, y con mi dolor.

FEBÉ: Está bien...

EL PASTOR: ¡Qué!

FEBÉ: Que está bien...

EL PASTOR: ¡No es posible! ¿Me das tu amor?

FEBÉ: Por consideración... estoy dispuesta a soportarte...

EL PASTOR: *(Cayendo a sus pies.)* Entonces... ¿podríamos...? ¿No quisieras que... durmiéramos juntos?

FEBÉ: ¡Ah, no, eso no! Puedo aguantar tu compañía, pero no esperes otra cosa de mí. De ahora en más, te concedo el honor de estar a mis órdenes, para lo que yo quiera.

EL PASTOR: Acepto tu oferta como un dulce regalo... Febé... Sólo te pido que de tanto en tanto me sonrías... ¡tu sonrisa es el único alimento de mi vida!

FEBÉ: Bien... Ahora quiero que me digas... ¿quién es el joven que me hablaba? ¿Lo conocés?

EL PASTOR: Sí, es mi huésped...

FEBÉ: ¿Tu huésped?... No creas que te pregunto porque tengo interés en él. Es un impertinente... Pero habla muy bien... Es altanero, pero no le queda mal... Tiene linda piel... *(Golosa.)* El cuerpo delicado, y los labios carnosos... ¡Ay! Cualquiera creería que estoy enamorada.

¡Pero no! ¡En realidad tendría que odiarlo! Me habló con desprecio...
¡A mí! No sé cómo se atrevió. ¡No entiendo por qué no lo enfrenté!...
Voy a escribirle una carta, y vos se la vas a entregar... ¿Me oíste?

EL PASTOR: Estoy... a tus órdenes, Febé.

FEBÉ: Voy a escribirla ya mismo. Dura y cortante. ¡Vamos!

Febé desaparece con sus gruñidos de cerda. Detrás, como un perrito faldero, el Pastor.

EL ACTOR: (*Acercándose a La Gitana.*) Cuando el amor nos ciega de ese modo, antes que amor parece un embrujo... ¿Serías capaz de romper el maleficio?

LA GITANA: (*Revolviendo en su caldero.*) Con gusto... Nunca he puesto mis artes al servicio del dolor, sino del amor gozoso y correspondido...

El sonido guerrero de un cuerno. Rosalinda se pasea nerviosa frente a la cabaña, a la espera de Orlando. Poseída de su personaje, camina a grandes zancadas, como un soldado que montara guardia. Celia, sentada sobre el tronco de un árbol, la mira preocupada.

EL NIÑO: Parece que Rosalinda está cansada de esperar a Orlando...

EL ACTOR: (*Transformándose en Orlando.*) Ya va el amante a su encuentro.

Celia corre hacia adelante, y mira a lo lejos.

CELIA: ¡Ahí viene, Rosalinda!

Celia se esconde detrás del árbol, desde donde seguirá toda la escena. Orlando se presenta ante Rosalinda, apurando el paso.

ROSALINDA: ¿Dónde estuviste para hacerme esperar tanto? ¡Y decís que estás enamorado!

ORLANDO: Sólo me atrasé una hora.

ROSALINDA: ¡Una hora para un enamorado es una eternidad!

ORLANDO: Perdón...

ROSALINDA: Si volvés a atrasarte, no te presentes más ante mis ojos. Pero vamos a lo nuestro... Intentá seducirme: ¿qué me dirías ahora si yo de verdad fuera tu Rosalinda?

ORLANDO: Te daría un beso antes de hablar.

ROSALINDA: ¡No! Primero tendrías que hablarme, y cuando ya no supieras qué decir tendrías que recurrir a los besos.

ORLANDO: ¿Y si ella no se deja besar?

ROSALINDA: Se lo podés rogar, y de paso tenés motivo para charlar de nuevo. Veamos... ¡qué pasa si Rosalinda en persona te dice que no te quiere!

ORLANDO: Yo en persona le digo que me muero.

ROSALINDA: ¡No vale la pena! Desde que el mundo es mundo ningún hombre murió de amor. La gente muere y se la comen los gusanos. Pero nadie muere de amor.

ORLANDO: Yo soy sincero: con sólo mirarme mal me mataría.

ROSALINDA: Y yo juro por lo que quieras que esa miradita no mataría ni a una mosca... Voy a tratar de ser una Rosalinda más piadosa... Pedime lo que quieras, y si de mí depende, te lo concedo.

ORLANDO: Bueno... ¡Amame, Rosalinda!

ROSALINDA: Está bien. Quiero amarte los viernes, los sábados y todos los días de la semana.

ORLANDO: ¿Quieres ser mía?

ROSALINDA: De veinte como vos.

ORLANDO: ¡Qué estás diciendo!

ROSALINDA: ¿No sos bueno?

ORLANDO: Creo que sí.

ROSALINDA: ¡Por eso! Lo bueno nunca alcanza... Vamos a hacer como que nos casamos ahora... ¿Quieres, Orlando, tomarme por esposa?

ORLANDO: Sí, quiero.

ROSALINDA: Sí, pero ¿cuándo?

ORLANDO: Ahora mismo.

ROSALINDA: Entonces repetí: "Rosalinda, te tomo por esposa".

ORLANDO: Rosalinda, te tomo por esposa.

ROSALINDA: Orlando, te tomo por esposo... Decime ahora: ¿por cuánto tiempo vas a conservar a Rosalinda, después de haber... consumado el acto?

ORLANDO: Por toda la eternidad, y un día más.

ROSALINDA: Decí mejor un día más, y dejá de lado la eternidad. No, no, Orlando. Cuando los hombres seducen son abril, y diciembre cuando se casan. Yo no voy a dejarte ni a sol ni a sombra: voy a celarte como una hembra a sus cachorros. Cuando estés aburrido voy a ser chillona y desvergonzada como una mona. Cuando quieras irte por ahí voy a llorar como una Magdalena, y voy a reír a gritos cuando te des vuelta para dormir.

ORLANDO: Rosalinda no va a hacer eso, es muy discreta.

ROSALINDA: ¡Las discretas son las peores! Si le cerrás la puerta al espíritu de una mujer, va a saltar por la ventana. Si le cerrás la ventana, va a salir por la cerradura. Y si tapás la cerradura, va a escaparse por la chimenea.

CELIA: (*Asomando, furiosa.*) ¡Qué decís!

Orlando se vuelve sorprendido, y Celia se esconde.

ORLANDO: Yo no creo que una mujer como Rosalinda tenga un espíritu tan indomable.

ROSALINDA: ¿Vas a seguir pensando eso cuando la encuentres en la cama del vecino?

CELIA: ¡Shhh!

ORLANDO: ¡Rosalinda es incapaz de hacer eso!

ROSALINDA: Es capaz de hacer eso, y de explicarte que se acostó con el vecino porque pensó que iba a encontrarte en su cama. Para todo va a tener una respuesta, salvo que le corten la lengua. A una mujer que no tenga la habilidad de achacarle todos los defectos al marido, no la dejes amamantar a sus hijos, porque va a criar idiotas.

CELIA: *(Fuera de sí.)* ¡Basta!
Orlando se vuelve sorprendido.

ROSALINDA: No te preocupes... es una... lechuza...

ORLANDO: Rosalinda, me tengo que ir...

ROSALINDA: ¡No, no te vayas! ¡No puedo estar sin verte!

ORLANDO: Vuelvo enseguida... Es que me invitaron a comer, y no puedo negarme...

ROSALINDA: Yo sabía que lo nuestro iba a terminar así. Mis amigos me lo dijeron, pero no quise creerles. Tu lengua me sedujo, y ahora me abandonás! ¡Quiero morirme!... ¿Dijiste que volvés enseguida?

ORLANDO: Sí, mi amor.

ROSALINDA: Te juro que si te atrasás un solo minuto, voy a tenerte para siempre por el más falso, el más odioso y el más infiel de los amantes. ¡Mejor que cumplas con tu promesa!

ORLANDO: Religiosamente, como si de veras fueras Rosalinda. Adiós.

ROSALINDA: El tiempo va a ser tu juez. Adiós.
Mientras Orlando se retira, y vuelve a transformarse en el Actor, Celia sale de su escondite.

CELIA: Rosalinda, esto es una ofensa, ¡un ataque contra nuestro sexo!

ROSALINDA: ¿De qué hablás, Celia?

CELIA: ¡Basta que te pongas un par de pantalones para que empieces a hablar mal de las mujeres!

ROSALINDA: No te enojés, Celia... no sé qué digo... la pasión por Orlando me oscurece la razón...

CELIA: Sólo así puedo entender tu ataque de misoginia... Mejor vamos a dormir... A ver si se te aclaran los pensamientos...
Rosalinda y Celia se vuelven hacia la cabaña.

EL ACTOR: Orlando dejó a Rosalinda, y se dirigió hacia el claro del bosque en el que la Duquesa, junto con Amiens y Lady Lunática, lo esperaban para comer... Pero un triste espectáculo lo detuvo en el camino...

Oliverio, sucio y con la ropa desgarrada, aparece entre las sábanas, y se tiende debajo de un árbol.

Su propio hermano Oliverio, con su lujoso traje sucio y roto por la inclemencia del paisaje, dormía bajo la sombra de un árbol...

Oliverio ronca ruidosamente.

Mientras que una leona, hambrienta y sanguinaria, esperaba que Oliverio despertara para echarle el zarpazo...

La Gitana se calza en una mano un títere con la cabeza de una leona, y lo agita amenazadoramente ante los ojos de Oliverio. Este ronca, impasible.

Orlando, recordando con cuánta crueldad lo había tratado siempre su hermano, estuvo tentado de volver la espalda y abandonarlo a su suerte... Pero la piedad pudo más que la venganza... Orlando se quedó, atacó a la leona, y le dio muerte en feroz combate...

Suena la percusión de El Trovador. El títere de cabeza de leona se agita en la mano de La Gitana, rugiendo con fiereza, y finalmente cae a los pies de Oliverio, que despierta sobresaltado.

(Aplastando con su pie la cabeza de la leona.) Orlando salvó la vida de su hermano... pero no tuvo de él ninguna recompensa...

OLIVERIO: ¡Por fin te encuentro, hermanito! ¡Por tu culpa me desterraron y embargaron mi fortuna! *(Desenvainando el puñal.)* Voy a matarte con mis propias manos y luego pondré tu cabeza a los pies de Margot...

La Gitana detiene con un gesto el brazo de Oliverio.

ORLANDO: Pero no sabía Oliverio que en el bosque la luna prefería a los amantes antes que a los asesinos...

LA GITANA: *(Vertiendo un polvo luminoso en los ojos de Oliverio.)* El jugo de mis flores mezclado con la cola de una estrella... te hará abrir los ojos a la ternura... Ahora verás a tu hermano en toda la dimensión de su bondad...

El Trovador hace sonar una campana, y un repique le contesta festivo. La Gitana descubre los ojos de Oliverio, que ahora mira a Orlando, enmudecido. Orlando y Oliverio se abrazan bajo la luz de la luna.

OLIVERIO: *(Volviendo conmovido del abrazo de Orlando.)* Estás sucio de sangre...

ORLANDO: *(Tocándose el brazo, dolorido.)* Esa leona... tenía valor...

OLIVERIO: Echate aquí, bajo el árbol...

ORLANDO: *(Desfalleciente.)* No... A pocos pasos de aquí, acampa la Duquesa...

- OLIVERIO: ¿La Duquesa...?
- ORLANDO: Quiero que me lleves hasta ella... y después... (*Orlando se desgarró la camisa ensangrentada.*) le entregues esto a Rosalinda...
- OLIVERIO: ¿Rosalinda también está aquí?
- ORLANDO: (*Sonriendo a pesar del dolor.*) No... es un joven pastor a quien por broma llamo Rosalinda... Le prometí visitarlo enseguida... y ya ves cómo faltó a su palabra... (*Se desvanece.*)
- OLIVERIO: (*Apretando entre sus manos el trozo de camisa ensangrentada.*) ¿Un pastor que se llama Rosalinda?
- Oliverio sale corriendo con el trapo en la mano, mientras el Actor abandona risueño su papel de Orlando.*
- EL ACTOR: Así es como el pobre Oliverio corrió confundido hasta la cabaña junto al álamo, y vio cómo el pastor que se hacía llamar Rosalinda se desmayó de amor al recibir el recado de Orlando...
- Se escucha un grito de Oliverio, y éste atraviesa el espacio corriendo hasta volver a esconderse detrás de las sábanas.*
- Oliverio salió corriendo hacia la tienda de la Duquesa... Desde que estaba en el bosque le parecía que el mundo se había puesto patas para arriba... Podía entender que su corazón, antes agrio como la hiel, pudiera ahora rezumar ternura... pero que los hombres se llamaran Rosalinda, y se desmayaran ante la visión de un trapo ensangrentado... le parecía el fruto de la alucinación...
- Suena una percusión circense. El Trovador persigue a Audreya, que corre, descalza, a esconderse entre las sábanas.*
- TROVADOR: (*Buscándola como quien juega a las escondidas.*) ¡Casémonos, Audreya! Aquí mismo, bajo la luna.
- AUDREYA: (*Asomando, divertida.*) ¿Así? ¿Y quién será testigo de ese matrimonio?
- TROVADOR: Los pájaros... y el búho...
- AUDREYA: (*Asomando desde otra sábana.*) ¡No, señor! Soy pastora, pero no tonta... Quiero casarme ante un cura...
- TROVADOR: ¿Y de dónde voy a sacar un cura en medio del bosque?
- AUDREYA: (*Asomando.*) Entonces... olvídense de Audreya, mi señor...
- Audreya sale de su escondite y se va corriendo, divertida.*
- TROVADOR: ¡Audreya! ¡No me dejes! ¡Casémonos! ¡No querrán tus cabras ser los monaguillos?
- El Trovador desaparece detrás de Audreya.*
- EL ACTOR: Rosalinda fue a visitar a Orlando, que aún se curaba de su herida... Grande fue la sorpresa de ambos al ver lo que ocurría entre Celia y Oliverio...

El Actor se pone el brazo en cabestrillo, transformándose en Orlando. Rosalinda y Celia entran, ceremoniosas.

ROSALINDA: ¡Buenas noches, Orlando!

ORLANDO: ¡Señores! Me honra su visita... (*Llamando.*) ¡Oliverio!... ¿Me harás el favor de traer una copa para el pastor y su hermanita?

Oliverio descubre una sábana. Al verse, Oliverio y Celia retroceden como fulminados por un rayo. Un sonido de trompetas acompaña el impacto.

Oliverio, ¿qué te pasa?

Oliverio permanece mudo, mirando a Celia.

ROSALINDA: Aliena... ¿qué tenés?

Celia permanece muda, mirando a Oliverio.

OLIVERIO: (*Con voz temblorosa.*) Me llamo Oliverio... ¿y vos?

CELIA: Celia... digo, Aliena...

OLIVERIO: Aliena... ¿te querés casar conmigo?

CELIA: Sí... ya mismo...

ROSALINDA: Nunca amor fue tan rápido...

ORLANDO: Habrá que casarlos ya mismo... antes que tan fulminante amor los conduzca al pecado...

OLIVERIO: Orlando, me quiero casar...

ORLANDO: Mañana mismo, hermano, celebraremos las bodas... La Duquesa y Lady Lunática estarán invitadas...

CELIA: Me quiero casar, Rosalinda... digo, Ganimedes...

ROSALINDA: Te doy mi consentimiento, antes de que sea demasiado tarde...

ORLANDO: (*Suspirando al mirar a Oliverio y Celia, que continúan petrificados por el amor.*) ¡Qué dolor se siente a veces frente a la felicidad ajena! Mañana, cuando más feliz sea Oliverio, más sentiré el vacío de mi corazón...

ROSALINDA: ¿Porque mañana yo no podré hacerme pasar por Rosalinda?

ORLANDO: No puedo seguir viviendo de ilusiones, querido pastor...

ROSALINDA: Quiero que sepas una cosa, Orlando. Mi madre era una hechicera, y aprendí grandes secretos de su arte. Si de verdad amás a Rosalinda, mañana te casarás con ella en el mismo momento en que tu hermano se case con Aliena. Puedo hacer que Rosalinda aparezca mañana ante tus ojos.

ORLANDO: ¿De veras...?

ROSALINDA: Si querés casarte, mañana te casarás con Rosalinda...

Entra Silvio, corriendo exhausto, con una carta en la mano.

- SILVIO: ¡Señor! Mi encantadora Febé le envía este mensaje.
- ROSALINDA: *(Abriendo la carta, y leyéndola con desconfianza.)* ¿Esto escribió tu encantadora Febé? Nunca creí que una mujer fuera capaz de semejantes cerdades.
- SILVIO: *(Bajando, avergonzado, la cabeza.)* Yo... no leí esa carta, señor.
- ROSALINDA: ¿Pero es que no te da vergüenza? Te usa, te engaña, te humilla, ¡y todavía estás enamorado de esa mujer!
- SILVIO: *(Sonándose los mocos.)* Sí, sí... ¡con toda mi alma, señor!
- ROSALINDA: *(Mirando pensativa a Silvio.)* Me gustaría ayudarte... Mañana, en el claro del bosque donde acampa la Duquesa... se celebran unas bodas... Allí te espero, junto a tu Febé... Decile que si puedo casarme con una mujer, me casaré con ella...
- SILVIO: ¡Cómo, señor!
- ROSALINDA: Eso. Y a vos te digo que mañana te casarás con la mujer que te gusta...
- SILVIO: No entiendo, señor...
- ROSALINDA: En cuanto a vos, Orlando... mañana te casarás con Rosalinda... Hasta mañana a todos. Espero que no falten a la cita.
- Rosalinda se va, arrastrando del brazo a Celia, que aún sigue fascinada por la visión de Oliverio. El Trovador aparece corriendo detrás de Audreya.*
- TROVADOR: *(A Rosalinda.)* ¡Un momento, señor! Ya que casa a tanta gente, ¿no tendrá un lugarcito para casarme a mí?
- ROSALINDA: *(Mirando divertida al Trovador.)* El bosque ha contagiado a todos la fiebre del amor...
- Con una alegre marcha nupcial todos los personajes salen de escena, mientras Orlando vuelve a transformarse en el Actor.*
- EL ACTOR: Y así fue como la noche siguiente, la Duquesa dispuso los festejos de tan extrañas bodas... Ordenó a Amiens que preparara un banquete... y le pidió a Lady Lunática que bendijera a los novios...
- Suena una trompeta. Coronada de flores blancas, aparece en lo alto Lady Lunática.*
- LADY L: *(La voz deformada por un parlante.)* Amigos míos, lejos de la Iglesia y de la corte, será la luna testigo de estas bodas... En lugar de altar, que arda una fogata en la espesura del bosque...
- La Gitana traza un círculo rojo en medio del espacio.*
- LADY L.: ¡Que vengan esta noche todos los amantes! ¡A gozar del amor al abrigo del fuego!

Una festiva marcha nupcial acompaña la entrada de los personajes: La Duquesa seguida de Amiens, Febé escoltada por Silvio, Audreya perseguida por El Trovador, Oliverio, Celia, y Orlando. En lo alto irrumpe, junto a Lady Lunática, Rosalinda, con su traje de hombre. Le arrebató a Lady Lunática el parlante.

ROSALINDA: ¡Buenas noches, señoras y señores!

Todos se vuelven sorprendidos.

Gracias por haber acudido a la cita. En minutos más, y delante de sus ojos, tendrá lugar el milagro que les he prometido... Antes, quisiera hacerles algunas preguntas... ¡Señora Duquesa! Si aquí mismo se presentara su hija Rosalinda... ¿estaría dispuesta a entregarla como esposa al joven Orlando?

LA DUQUESA: Por supuesto. El joven Orlando se ha ganado un lugar en mi corazón.

ROSALINDA: Y vos Orlando, si trajera a Rosalinda, ¿te casarías con ella?

ORLANDO: Cuanto antes. Por ella sería capaz de descender a los infiernos.

ROSALINDA: Febé, ¿estás segura de querer casarte conmigo?

FEBÉ: ¡Y de correr con urgencia al lecho nupcial!

ROSALINDA: Y si por alguna causa no quisieras casarte conmigo... ¿prometés entonces casarte con Silvio?

FEBÉ: Lo prometo, si no hay otro remedio.

ROSALINDA: *(A Silvio.)* ¿Aceptarás a ésta por esposa, si así lo quiere?

SILVIO: Me casaría con Febé aun cuando estuviera enferma y me contagiara la muerte...

ROSALINDA: ¡Señoras y señores! ¡Que así sea!

Suena un redoble de tambor. Rosalinda deja el parlante en manos de Lady Lunática, y con un salto se precipita hacia el círculo de fuego. La Gitana se acerca a Rosalinda, y con ceremoniosa lentitud la despoja de sus atributos varoniles: en ligera enagua, descalza y con los cabellos sueltos, Rosalinda se ofrece a la mirada sorprendida de todos. El grito histérico de Febé rompe el silencio.

LA DUQUESA: Si lo que veo no es ilusión, ¿es mi hija Rosalinda!

La Duquesa y Rosalinda se abrazan conmovidas.

ORLANDO: Si lo que veo no es ilusión, ¿es mi Rosalinda!

Orlando se arrodilla a los pies de Rosalinda, y le besa las manos.

FEBÉ: Si lo que veo no es ilusión... *(Con un gruñido desesperado.)* ¡Me muero! *(Se desmaya en brazos de Silvio.)*

CELIA: *(Arrancándose el disfraz de mendiga.)* Tampoco yo soy una pastora, sino Celia, tía...

La Duquesa se vuelve sorprendida hacia Celia.

LA DUQUESA: Desde ahora, serás para mí como una hija...

La Duquesa besa a Celia.

FEBÉ: (*Reaccionando, furiosa.*) ¡Esto es un fraude! ¡Una burla! ¡No voy a perdonarlo!

ROSALINDA: (*Haciéndola callar, con autoridad.*) ¡Silencio! Quiero que esta noche la verdad haga caer los velos de todas las cosas...

Rosalinda hace una seña a La Gitana, y ésta vierte un polvo luminoso sobre los ojos de Silvio.

LA GITANA: Que tus ojos puedan ver todo en su luz verdadera...

Silvio abre los ojos y retrocede espantado, dejando caer a Febé, que estaba aún en sus brazos.

SILVIO: ¡Pero qué hace esta cerda repugnante en mis brazos?

Febé recibe espantada las risas de todos.

FEBÉ: (*A los pies de Silvio.*) ¡Silvio, no podés rechazarme! ¡Prometiste delante de todos casarte conmigo!

SILVIO: ¡Porque mis ojos estaban ciegos!

ROSALINDA: No estabas ciego a la fealdad de su rostro, sino a la monstruosidad de su alma...

FEBÉ: (*Implorante.*) ¡Perdón, Silvio! Fui cruel con vos, pero te quiero... ¡A mi manera te juro que te quiero!

ROSALINDA: Quizá pronto el corazón de Febé se vuelva luminoso...

LA GITANA: (*Acariciando el rostro de Febe.*) Entonces su rostro será tan bello como su alma.

ROSALINDA: Mientras tanto tendrás que casarte con ella... Así lo prometiste, y así pagarás el precio de tu necesidad...

LADY L.: ¡Amigos míos! Reciban al calor del fuego mi bendición. Rosalinda y Orlando, Celia y Oliverio, Audreya y Trovador, Silvio y Febé... ¡juran ante la luna unirse en matrimonio?

TODOS: ¡Sí, juramos!

LADY L.: ¡Los declaro entonces marido y mujer!

Suena la festiva marcha nupcial. Los amantes se besan apasionadamente al calor de la fogata, mientras la Duquesa, Amiens y Lady Lunática aplauden entusiastas. Un rayo, y el sonido de un trueno interrumpen la ceremonia. De la oscuridad surge Margot, armada para la guerra.

MARGOT: ¡Un momento! No quisiera interrumpir tan alegre ceremonia. Pero es que viene conmigo un ejército de lobos que esperan relamerse con sus huesos, señores...

Margot profiere una risa siniestra, y todos callan, espantados.

¿Pensabas seguir mucho tiempo conspirando en el bosque, hermanita duquesa..?

LA DUQUESA: ¡Yo nunca conspiré contra nadie! ¡Fuiste vos...!

MARGOT: *(Interrumpiéndola, furiosa.)* ¡Basta! *(Besando la espada.)* ¡Ay, cómo me gusta la sangre de los traidores! *(Alza la espada.)* ¡Adelante, mis lobos rabiosos!

Un trueno paraliza el brazo de Margot. Todos los personajes permanecen quietos, como petrificados por el rayo.

LA GITANA: *(Vertiendo un polvo luminoso en los ojos de Margot.)* El jugo de mis flores, hervido en la fogata de los jóvenes amantes, templará los rigores de tu odio... y te abrirá los ojos al horror de tus pecados...

Vuelve a sonar un trueno. Margot deja caer la espada, sorprendida.

MARGOT: *(Con la serenidad de un rezo.)* Que mis lobos se contenten con los frutos de este bosque... Restituyo a todos sus bienes, y a vos, hermana, la corona...

Margot se vuelve, para irse.

LA DUQUESA: *(Sorprendida.)* ¡Margot! ¡Un momento!... ¿Adónde vas?

MARGOT: A buscar un refugio, retirado del mundo... donde purgar todo el mal que he dejado a mi paso...

Margot se encoge hasta transformarse en una gatita que desaparece, rauda, entre las sombras de la terraza.

LADY L.: *(Parlante en mano.)* ¡Amigos míos, continuemos los festejos, y celebremos la alegría!

El Trovador comienza a tocar su guitarra, y los personajes se reúnen, con placidez, alrededor del fuego.

TROVADOR: Cantemos, viento, cantemos
al calor del árbol verde.
Hay mucha amistad fingida,
muchos amores dementes.
Pero la vida es hermosa
al calor del árbol verde.

Suena la percusión. Como en una alegre mascarada, los personajes bailan desenfrenadamente alrededor de la fogata. Orlando se ha transformado en el Actor.

EL ACTOR: Los amantes festejaron sus bodas hasta el amanecer... La luna los hizo dueños de la noche... para que mudaran todo dolor en gozo antes de que hiriera sus ojos la cordura de la mañana... ¡Todo aquel que sueñe con purgar con amor el estómago del mundo está invitado a la fiesta!

El Actor hace una seña a La Gitana. Esta se acerca al Niño, le embadurna la cara como una mascarita de carnaval, le envuelve el cuerpo con un traje de colorines, y lo empuja suavemente hacia la reunión junto a la fogata.

En la noche oscura, la luz roja de las llamas apenas ilumina las siluetas. El Niño baila, exultante, entre las sombras.

Un haz de luz muy blanca enmudece a los tambores, y aquietta a los bailarines, que comienzan a desaparecer, silenciosos, detrás de las sábanas.

El Niño, ajeno al silencio y a la luz, permanece en el círculo, danzando frenético.

El chirrido de un despertador, y luego las voces del hombre y la mujer, que retoman la violenta discusión del comienzo.

El Niño interrumpe abruptamente su danza, abre los ojos y mira a su alrededor, atemorizado. Al reparar en su traje de colorines, su expresión de espanto muda en sonrisa mientras a su alrededor crecen los gritos, y el ruido ensordecedor de la ciudad.

APAGÓN

> índice

> a modo de prólogo pág. 3

> hic et nunc..... pág. 5

> fogata y luna pág. 25

teatro para jóvenes

se terminó de imprimir en

Humboldt 1.803, Buenos Aires.

Junio de 2005.